

**SEIDMAN, Michael, *A ras de suelo. Historia social de la República durante la Guerra Civil*, Madrid, Alianza, 2003, 388 pp.**

Como los habitantes del mítico territorio de Región en *Herrumbrosas lanzas* de Juan Benet, arrojados a la intemperie de una guerra venida «de fuera», o como los personajes contradictorios que tratan de sobrevivir en el monumental *El laberinto mágico* de Max Aub, los figurantes anónimos de la trama real que fue la Guerra Civil española se vieron también sumergidos inopinadamente en una contienda que proyectaba sobre sus vidas luces y sombras, pasiones y dudas, esperanzas y temores. Sin embargo, son todavía con toda seguridad las menos conocidas las historias y experiencias de esos actores secundarios –¿sin guión?–, de esa mayoría de la población que apenas ha recibido los focos de la atención histórica dispensaba a líderes y protagonistas. A indagar en esas historias en singular y cotidianas se dedica el norteamericano Michael Seidman en este *A ras de suelo*, un texto polémico y estimulante que no pasará inadvertido.

La apuesta de la obra es tan valiente como arriesgada, y no se trata de un mero libro más sobre la contienda de 1936. Es la meta de partida de Seidman elaborar nada menos que –como reza el subtítulo– una *Historia social de la República durante la Guerra Civil*. Mas no una historia social cualquiera, pues late tras el anterior otro objetivo de mayor calado ligado a su concepto de tal categoría y que, a su vez, se desdobra en dos. Por un lado, el autor se sitúa frente a la «tradicional» historia social –que considera «hipnotizada» por las expresiones de lo colectivo– para «mostrar las limitaciones del énfasis sobre la etnia, la clase y el género» (p. 29) y para defender una variante de aquella donde ocupen el centro del relato y del análisis los actores, dinámicas y lógicas «individuales». Y por otro lado, busca ilustrar su propuesta de rotundo «individualismo metodológico» con el estudio de una de las latitudes históricas –la «guerra y la revolución españolas»–

que más han despertado esa «fascinación» de lo colectivo.

El resultado es un amplio fresco de la zona republicana que, «partiendo de abajo arriba», trata de «conducir la historia hasta el nivel subterráneo» (p. 19) de lo singular. Como singulares, si no abrumadoras, son la erudición archivística y bibliográfica mostrada –si bien algo menor respecto de la literatura más reciente– o la riqueza y profusión de datos y ejemplos que jalonan, ilustran y en ocasiones saturan el relato. Toda esa información está ordenada alrededor de dos ejes argumentales principales. Por una parte, subraya Seidman que, pese a la movilización y las grandes causas y actores colectivos en juego, los individuos anónimos se mostraron fundamentalmente «egoístas» e hicieron valer, y prevalecer, sus propios intereses sobre los de partidos, clases y utópicas sociedades futuras. Y, por otra parte, argumenta que esos intereses enraizados en la esfera de lo personal, junto con una serie de carencias logísticas y materiales de todo tipo, fueron en gran medida responsables de la derrota de la República.

Desfilan así ante el lector muchos de esos intereses y obstáculos en un reiterativo *in crescendo* definido sin excesivo éxito como el paso desde el débil y efímero predominio de la «militancia» al del «oportunismo» y de éste al del «cinismo» y la «supervivencia». Se trata a menudo de actitudes de la población civil, como la afiliación político-sindical por motivos oportunistas, el acaparamiento y ocultación de moneda y alimentos, el estraperlo y la lucha productores-consumidores a raíz del control de los precios; o como la contradictoria marcha de las colectividades, presentadas en términos de «cantonalismo» y «egoísmo organizado a nivel local» (p. 194). A lo que se añade una inacabable serie de dificultades y «fracasos» en la «economía política» y los recursos de la República –

principalmente la crisis económica y la creciente penuria material— que habrían potenciado las anteriores formas de «egoísmo cotidiano» y que se habrían unido a éstas para producir una falta de compromiso y desapego político generalizados. Pero la mayor parte del libro se ocupa del ámbito militar y de la soldadesca republicana. A partir de un detallado seguimiento de los distintos frentes y ofensivas de la contienda, el cuadro pintado es desolador: milicianos poco concienciados y menos competentes; uso espúreo de los recursos por su parte; recurrentes deserciones e insubordinaciones; «cobardes» huidas y desbandadas por un «individualismo instintivo»; «tendencia de las tropas republicanas al saqueo» (p. 122); automutilaciones para alejarse del frente; «ritualización» del «vive y deja vivir» y «treguas extraoficiales» con el enemigo en los frentes en calma; y, nutriendo lo anterior, un penoso panorama definido por continuas derrotas, una acusada «incompetencia» militar y una aun mayor «incapacidad» logística gracias a la cual campaban a sus anchas el hambre, el frío, la fatiga, todo tipo de enfermedades y, por ende, el derrotismo, la indiferencia hacia la suerte de la causa y la desmoralización —que, en una más que arriesgada pirlueta, el autor considera causa, y no consecuencia, de la desfavorable marcha de la guerra.

Texto de argumentos fuertes, entre sus activos está insertar en el centro del discurso cuestiones apenas tratadas por el grueso de la historiografía. Y está revisar algunos de los «excesos» de esta última en la medida en que el conflicto de 1936 es abordado por no pocos historiadores desde perspectivas estrechamente políticas y apriorismos metacientíficos —a menudo próximos a las batallas discursivas e identitarias de guerra y posguerra— que menosprecian lo individual y presentan la guerra como periodo de movilización masiva durante el que la política nacional y determinadas «comunidades» colectivas habrían subsumido las vidas menudas y en singular. De ahí que se reivindicque que esas explicaciones han sido «incapaces de

estudiar la existencia cotidiana de soldados y civiles» y que «la biología fue tan importante como la ideología o la cultura» (pp. 148, 22).

Sin embargo, la propia contundencia de sus tesis, o acaso rigidez, conduce a Seidman a incurrir en sus propios excesos y contradicciones. Algunos, y no menores, son de índole argumental. Es el caso, entre otros, de la descripción del golpe de Estado de julio como «relativamente pacífico»; de la completa desaparición de los cruciales factores políticos e internacionales —en particular la disímil ayuda exterior a los dos contendientes— para entender la derrota republicana; de la flagrante nula presencia de los sujetos femeninos; o de la omnipresencia de términos como «fracaso», que retrotrae a pasadas fechas de nuestra historiografía, o de frases excesivas como «el oportunismo y el cinismo imperaban en la zona republicana» (352). Es el caso asimismo de las alusiones al bando franquista, que Seidman describe por contraste —echando mano de fuentes contestables como Salas Larrazábal o Martínez Bande— en términos de rotunda «eficacia», «éxito» y superioridad sobre su rival en todos los órdenes reseñados. Y es el caso, sobre todo, de la elección de las presencias y ausencias, que parece estar exclusivamente guiada *a priori* en función del concreto itinerario que se propone al lector. De ahí que la pretendida historia social de la zona republicana devenga en una procelosa sucesión de actuaciones movidas por egoísmo e intereses particulares, mientras que son desterradas a los márgenes del relato otras —desde la dramática defensa de Madrid a la «guerra de los vencidos» de los *maquis*, pasando por los brigadistas internacionales— ligadas a lógicas y dinámicas de corte supraindividual y “político”.

Pues en efecto, y eso nos sitúa en las sombras de la propia apuesta epistemológica del trabajo, su *leitmotiv* no parece ser otro que minimizar el papel de lo político en la guerra y la revolución de 1936-39. O, más aun, “despolitizarlas”. Ahora bien, encontramos en primer término que, como justificación de su

labor, esgrime Seidman el desprecio por lo individual y el rígido sesgo político de un supuesto «enfoque tradicional» que, no obstante, sobredimensiona y simplifica para mejor rebatirlo. Pero tal enfoque no es ni tan monolítico ni tan dominante, como muestran investigaciones y análisis que —desde los clásicos Malefakis y Fraser a las recientes tesis de F. Godicheau y J.A. Pozo, pasando por J. Casanova o M. Vilanova— enriquecen el relato mediante las experiencias individuales, los planos locales y la “historia social de lo político” y muestran la amplitud del terreno entre los extremos «tradicional» y subjetivo-individual. En segundo lugar, el volumen sugiere cuestiones con cuyo hondo calado y urgente consideración (el grado real de «politización» de la España de la época, las determinaciones causales en la estructura social, el valor de categorías como “clase” y “género”...) no parecen guardar relación unas alternativas, las propuestas por Seidman, que abocan a la postre a un balance heurístico negativo y a un cierto escepticismo gnoseológico. Porque, en tercer lugar, «egoísmo» y «biología» no parecen poder explicarlo todo por sí mismos —empezando por la propia duración de la guerra y de la resistencia republicana—; o al menos no sin insertarlos, tal vez el verdadero y más fructífero reto, en un marco más amplio y polifónico donde se den cita también relaciones de poder, organizaciones y culturas políticas e identidades sociales. Y, en fin, porque la contestación de lógicas y actores colectivos es susceptible

de desembocar en una historia «social» amorfa y sin rastro de lo político donde las relaciones sociales y la propia colectividad resultarían disueltas en una colmena de individuos ajenos a toda ética y a todo contexto y guiados por un mero y radical utilitarismo. Un (neo) utilitarismo emparentado con las propuestas de Marcur Olson y sobre el que no sólo pesan evidentes implicaciones epistemológicas, sino también la sospecha de una posible deriva ideológica y, valga la paradoja, “política”: la de un tipo de apología neoliberal del individualismo empresarial y consumista.

Pero sospechas y excesos al margen, nada de ello es óbice para la atenta consideración de este *A ras de suelo*, una de las más originales aproximaciones recientes a nuestra contienda civil que da un sólido toque de atención a la historiografía más “ortodoxa” y abre sugerentes y ya insoslayables interrogantes sobre la guerra. Y que, más aun, a pesar de sus sombras, introduce al lector en el que acaso sea todavía el gran desconocido de la misma: el sujeto singular. Un sujeto que, lo quiera o no el historiador, parece rebelarse contra su pertinaz silencio y, en el cine o en la literatura, ora en memorias ora en su desenterramiento —metafórico y real— por sus nietos, ocupar crecientes parcelas en la memoria y el debate público sobre las latitudes más mitificadas y conflictivas de nuestro pasado reciente.

**José Luis Ledesma**

**MOLINERO, Carme, SALA, Margarida y SOBREQUÉS, Jaume (eds.), *Los campos de concentración y el mundo penitenciario en España durante la guerra civil y el franquismo*, Barcelona, Crítica, 2003.**

A finales de octubre de 2003 tuvo lugar en Barcelona, organizado por el Museu d'Història de Catalunya y el Centre d'Estudis sobre les Èpoques Franquista i Democràtica (CEFID) de la Universitat Autònoma, el Congreso sobre *Los campos de concentración y el mundo penitenciario en España durante la guerra civil y el franquismo*, que reunió a más de doscientos investigadores españoles y extranjeros. Ahora se publican las ponencias presentadas a ese congreso, en un libro editado por Carme Molinero, Margarida Sala y Jaume Sobrequés y prologado por Josep Fontana.

Si algo se deduce inmediatamente de la lectura de este libro es la voluntad de los vencedores de limpiar España no sólo de ideas subversivas, sino de personas que pudieran sustentarlas. El alcance de la represión, organizada desde arriba y con claro propósito depurador, aparece aquí en toda su magnitud. Así se deduce del conjunto de investigaciones reunidas en el mismo, que resulta doblemente innovador, no sólo por su calidad historiográfica sino por su valentía en el planteamiento y en la exposición. Todos sabemos que la transición se construyó sobre un pacto de silencio. Pero la reconciliación nacional no puede cimentarse en el olvido, sino sobre la reconstrucción de la verdad histórica. Y la verdad pasa por sacar a la luz la represión, por muy duro y desagradable que resulte admitirlo. No se trata de alimentar el odio sino de restablecer la ecuanimidad. Durante cuarenta años los españoles que no hicimos la guerra nos acostumbramos a convivir con las listas de caídos por Dios y por España en las paredes de las iglesias, con el yugo y las flechas a la entrada de los pueblos, con el santuario de Cuelgamuros. Y los vencidos, ¿dónde estaban?, ¿en las cárceles?, ¿en el exilio?, ¿en las cunetas?, ¿en el olvido?

La represión tuvo varias caras. La más evidente, y dolorosa, fue la

muerte. Investigaciones rigurosas, como las que conforman este libro, cifran los muertos en 150.000. Pero a eso habría que añadir otras muertes más silenciosas, las de la represión social, la depuración laboral o los procesos de Responsabilidades Políticas. La apertura de los archivos y la recuperación de testimonios orales de los supervivientes va conformando un oscuro mundo carcelario y concentracionario que explica el verdadero cariz del régimen que lo alimentó y que apunta claramente, como subrayan los editores en la introducción, hacia la venganza de clase. Toda guerra civil tiene un sustrato de conflicto de clase y la española no fue una excepción. Sin embargo, escudados en el peligro marxista, en la conspiración judeomasónica y en la rebelión social, los vencedores eludieron reconocer lo que verdadera y sistemáticamente combatían: la igualdad social.

Partiendo de estas premisas, este conjunto de ponencias se estructura en dos grandes bloques, que conforman los dos ámbitos fundamentales de la represión: los campos de concentración y las prisiones. En el primer sentido, una de las cuestiones que se abordan aquí es la caracterización de los campos de concentración franquistas. La comparación con los campos de exterminio nazis es inevitable. En España no hubo campos de exterminio pero sí, como analiza Javier Rodrigo, campos de concentración, es decir, detención masiva, adoctrinamiento, explotación de mano de obra gratuita. Y algo más: los experimentos psiquiátricos de Vallejo Nájera con las mujeres de la cárcel de Málaga y, sobre todo, como subraya Nicolás Sánchez Albornoz, una utilización sistemática del trabajo de los prisioneros en beneficio de empresarios afines al régimen y de la Iglesia católica. Un negocio sustancioso, además de un humillante sometimiento social. Así se explican algunas de las grandes obras

públicas del régimen que se nutrieron de mano de obra reclusa prácticamente gratuita. Se utilizaron presos en las excavaciones de Ampurias, como analiza Francisco Gracia Alonso y para la construcción del canal del Guadalquivir, como explica José Luis Gutiérrez Molina. El universo concentracionario traspasó, además, los límites nacionales. Los que partieron hacia el exilio, como recuerda Francesc Vilanova i VilaAbadal, tampoco quedaron exentos del trabajo forzado y gratuito al otro lado de la frontera, viéndose inmersos en un mundo concentracionario que inundó Europa, como señala Michel Leiberich.

Pero la represión tuvo, por encima de todo, un carácter de venganza de clase y esto se pone especialmente de manifiesto en las cárceles. Lo primero que hizo el régimen fue institucionalizar las prisiones, conformando un sólido aparato represivo que analiza Ángela Cenarro con precisión, construir un aparato carcelario que, como subraya Ricard Vinyes, no excluía a nadie, y que generó un modo de vida: la vida en la prisión, cuyo alcance, como pone de manifiesto el trabajo de Santiago Vega Sombria, traspasó los muros de las cárceles y de los internados en ellas, alcanzado a todo un sector de la sociedad: los familiares y amigos de los presos, más extenso de lo que el propio régimen estaba dispuesto a reconocer. La memoria y literatura del universo concentracionario, que analiza Mario Campillo, así lo demuestran, dibujando todo un mundo que los archivos y fuentes documentales, aún por estudiar en

profundidad, como explica Manel Risques Corbella, permitirán con el tiempo delimitar. Este es el camino de investigación, pero también de reconciliación con nuestro pasado histórico, que se abre ante los futuros historiadores y en el que este libro nos permite adentrarnos, con el convencimiento de que partimos de un sólido planteamiento inicial.

Recuperar la historia de las cárceles y de los campos es honrar la memoria de quienes los sufrieron, reconocer su existencia, admitir su contribución, a pesar del proceso de transformación y doblegación al que fueron institucionalmente sometidos, a la construcción de una sociedad democrática de la que hoy gozamos. Y en ello no debe verse ánimo de venganza, sino expresión de la justicia histórica, porque algunos de esos hombres y de esas mujeres sobrevivieron para contarlo y es lícito reconocer la deuda que tenemos con ellos. Su esfuerzo no fue baldío, su humillación nos allanó el camino de las libertades. Aunque sea después de cuarenta años, la sociedad española no tiene derecho a regatearles el homenaje público por su silencio impuesto, por su combate íntimo, por las penalidades físicas y anímicas a las que el régimen franquista les sometió. Investigaciones sólidamente cimentadas como ésta, contribuirán, sin duda, a facilitar un camino que afortunadamente cada vez se recorre con mayor naturalidad.

**Ángeles Egido León**

**RODRIGO, Javier, *Los campos de concentración franquistas. Entre la historia y la memoria*, Madrid, Siete Mares, 2003, 251 pp.**

“Sed de memoria” podría ser uno de los lemas aplicables al libro de Javier Rodrigo, una sed que el autor intenta aplacar mediante su investigación. No en vano su obra ha tenido la oportunidad de aparecer en un momento clave en cuanto al debate público entorno a la represión y al reconocimiento de aquellos que la sufrieron, al cual los medios de comunicación han dedicado una atención inusitada. De hecho, y debido a este interés, en buena parte provocado por las reivindicaciones de los exprisioneros y, también, por los últimos resultados obtenidos en este campo por diversos investigadores, el trabajo desarrollado por Javier Rodrigo –adscrito al Instituto Universitario Europeo en Florencia ha sido presentado en multitud de conferencias, comunicaciones, ponencias y artículos científicos; cabe destacar en este sentido su ponencia en el congreso *Los campos de concentración y el mundo penitenciario en España durante la guerra civil y el franquismo*. Aun así, el libro es una primera muestra del trabajo que realiza el autor en su avanzada y muy esperada tesis doctoral.

Pero centrémonos por ahora en el volumen publicado. Después del literario y desgarrador prefacio (entre la resignación y la inhumanidad extremas), se inicia el recorrido de un libro que inequívocamente quiere conjugar todas las fuentes y metodologías susceptibles de analizar para explicar los campos de concentración durante el franquismo, cristalizando en tres grandes áreas: perspectiva comparada (especialmente en lo que atañe a los orígenes de los campos y a su relación con fenómenos de Guerra Civil), la historia de los campos (orígenes, organización y funcionamiento) y su memoria (la autobiográfica, la que intentó eliminar el franquismo imponiendo su retórica oficial y sus usos públicos).

Como el mismo autor avanza «en realidad, se trata de una

sistematización de las preguntas más frecuentes», especialmente por su pretensión de crear un marco general para inserir las investigaciones parciales existentes. Es con relación a estas deficiencias historiográficas, especialmente en lo que atañe a la organización de los campos, como el autor pretende construir una investigación sobre la base de un profundo análisis de la documentación militar generada por los mismos campos en el Archivo General de la Administración (AGA), el Archivo General Militar de Ávila (AGMA), el Archivo General Militar de Guadalajara (AGMG) y el Archivo Histórico del Partido Comunista (AHPC). Todo ello aderezado con fuentes orales, epistolares y memorísticas como instrumento para explicar lo cotidiano, lo intangible, lo que el autor define como «la historia silenciada del franquismo», aquello que no recoge y contradice la documentación oficial y el aparato propagandístico puesto en marcha para explicar los campos bajo pretensiones reeducativas, regeneradoras y evangelizadoras para con sus enemigos derrotados.

Bajo la máxima de que se deben conocer los campos, entre el resto de sistemas represivos, para entender la realidad de la implantación dictatorial franquista, se plantea el resto de objetivos colaterales de la investigación: investigar el uso público que se hace hoy de la historia y la memoria de los prisioneros, reconsiderar el papel que los vencidos desarrollaron en el régimen dictatorial y la transición, demostrar cómo la historiografía ha contribuido decisivamente a repensar la represión para entender el franquismo y conocer de forma aproximada el número de prisioneros que pasaron por los campos. Y todo ello teniendo muy presente la importancia de la terminología en lo que se refiere a la conceptualización de los campos. Para ello, el autor aproxima una definición de

campos de concentración, a fin de dilucidar cuáles pueden ser considerados como tales y crear cierta sistematización y cronología: «unidades bélicoadministrativas organizadas desde el poder militar para internar y clasificar a los prisioneros de la Guerra Civil, que nacieron del afán de maximizar los recursos bélicos en aras de la victoria total, bélica, política y social, pero que estuvieron marcados por la provisionalidad» (p. 36). Según los cálculos del autor presentados en el primer apéndice, serían 104 los campos así entendidos, y entre 367.000 y 400.000 el número de personas que pasaron por ellos, en cifras estimativas.

De capítulo en capítulo, observamos cómo se nos presenta una radiografía cronológica del mundo concentracionario de la Guerra Civil y la posguerra muy paralela a los años de funcionamiento de una institución clave: la Inspección de Campos de Concentración de Prisioneros (ICCP).

En contra de algunas afirmaciones, el autor adelanta el nacimiento de los campos a julio de 1936, y, hasta julio de 1937, se asiste a las motivaciones que llevaron a su nacimiento sin regulación, al internamiento preventivo y a la clasificación de prisioneros de guerra. Los primeros meses fueron reflejo directo de la fase golpista y época de mayor arbitrariedad; hasta que a finales de 1936 aparecen las líneas que regirán el funcionamiento de los campos.

De julio de 1937 a abril de 1939, visto el alargamiento de la guerra, se pasa a una fase de centralización, clasificación, reeducación y reutilización de los prisioneros de guerra; todo ello en un marco ilegal. Nace la regulación definitiva de los campos mediante la Orden General de Clasificación del Cuartel General del Generalísimo, base estratégica del régimen concentracionario, y se plasma la creación de la Jefatura de Movilización, Instrucción y Recuperación (MIR) de Luis Orgaz, junto con la concesión del "derecho" al trabajo (ver apéndice segundo). Precisamente a partir de mayo de 1937 una de las atribuciones de la MIR será la creación de los

Batallones de Trabajadores (BBTT), justificados en la necesidad de regeneración de los disidentes a través del trabajo. En este contexto, los prisioneros recibían la condición de personal militarizado y, a la vez, se abría la veda de petición de la fuerza de trabajo de prisioneros. Éstos, previamente, habían pasado por el obsesivo proceso de clasificación que había de marcar su futura situación: internamiento en espera de avales, Batallones de Trabajadores o traslado a campos estables, apertura de causa penal, etc.

Aun con la jerarquización del sistema concentracionario, entre 1938 y 1939 la ICCP no pasó de la improvisación y asistió al triunfo definitivo de la concepción funcionalista de los campos, viendo frustrados sus objetivos de regeneración y reeducación de los prisioneros y reconociendo problemas de competencia y jurisdicción insalvables.

Desde 1939 a 1942 encontramos un período de continuación de la guerra, de clasificación, de depuración social de prisioneros de guerra y de los depósitos de refugiados de la Segunda Guerra Mundial. El sistema de campos fue reestructurado, clausurándose muchos de ellos. Los que quedaban variaban según su función: campos base, campos tipo, campos de evacuados de Francia, campos de prisioneros útiles para el trabajo, campos de extranjeros, campos correccionales, campos de clasificación y campos para prisioneros a disposición de las Auditorías. Finalmente, en 1942 es disuelta la ICCP y a partir de entonces se asiste mayormente al mantenimiento de la recepción y retención de refugiados de la II guerra mundial.

Paralelamente a la explicación del funcionamiento de los campos, se pretende dilucidar su papel en el proceso de implantación de la dictadura, basado según el autor en dos fórmulas primordiales que se reproducen en los campos: severidad-inhumanidad y control ideológico y moral/reeducación-reevan-gelización. Respecto a esto último, Rodrigo duda que sirviese de mucho el proselitismo y la propaganda a favor de Franco y la Nueva España, al menos a

partir de lo que se cuenta en las memorias.

Precisamente a la memoria y la literatura autobiográfica se recurre para explicar la vida en los campos de posguerra, especialmente en los de Alicante. A pesar de algunos relatos el autor concluye que no se puede afirmar que los campos formasen parte del entramado penal franquista, ya que muchos prisioneros quedaban sujetos a este régimen ilegal solamente por su carácter dudoso. Tampoco cree cierto que los métodos empleados en los campos tuviesen como objetivo el exterminio, sino la humillación, el uso del trabajo esclavizado, la clasificación y la represión moral cotidiana de la ideología derrotada con las armas.

Cabe señalar que resulta especialmente sugerente el estudio comparativo de los campos de concentración durante el siglo XX desde una perspectiva teórica (Alemania, Rusia, Cuba bajo la administración española,

etc.), así como el planteamiento de las motivaciones socioeconómicas de su implantación en el caso español, especialmente de los BBTT.

En última instancia, mientras propone un repaso a los usos públicos de la historia y al estado de la cuestión, al papel de los campos y prisiones como reivindicación clandestina, al olvido institucionalizado de los mismos y a la explosión memorística producida por la muerte de Franco, el propio autor define su propósito definitivo, demostrando que no le asusta ser taxativo: «A la larga, sólo así se normaliza el pasado: cuando deja de ser pasto de la reivindicación –de la que los trabajos recientes no han sabido abstraerse– y pasa, a través de la recuperación, crítica y reconstrucción de la memoria, a ser parte de la Historia» (p. 186).

**Carme Agustí**



**GÓMEZ, Esteban C., *El eco de las descargas*, Barcelona, Escego, 2002.**

En la contraposición entre memoria colectiva (o pública) y memoria individual (o privada) a menudo se presta poca atención a dos de sus principales ámbitos de conservación y reproducción, como son la familia y la comunidad local. En ellos la distinción entre memoria pública y privada es difícil, una y otra suelen confundirse, sobre todo en las pequeñas comunidades donde la sociedad sigue siendo básicamente familiar y predominan las formas de transmisión oral del recuerdo. En estos casos se crea una memoria paralela, no siempre coincidente con la memoria dominante ni con los mecanismos que ésta utiliza para imponerse o perpetuarse, como la socialización escolar, los monumentos y conmemoraciones, la propaganda oficial o la reelaboración historiográfica.

La memoria familiar, como memoria privada, sobrevive unas pocas generaciones, aunque tiene también sus mecanismos internos de reproducción: la casa, el “solar” en el sentido etimológico del término, los relatos, las fotografías, las cartas, los libros u objetos transmitidos de una generación a otra. Muchos factores externos pueden contribuir al mantenimiento o la desaparición de esa memoria: la continuidad habitativa en un lugar determinado o las migraciones, la mayor o menor descendencia, el poder económico o el prestigio social. Pero durante un tiempo algunos recuerdos, en especial los relacionados con sucesos traumáticos como una muerte violenta o con hechos que han adquirido un significado social, se mantienen con una intensidad a veces sorprendente.

La memoria local, como memoria pública, dispone de más mecanismos de reproducción y reelaboración: las plazas y monumentos, los nombres de las calles, las fiestas y lápidas, las crónicas locales. Son mecanismos, en general, más importantes cuanto mayor es la población, aunque existen otros factores relacionados con la situación geográfica y el poder económico

y sociocultural, por ejemplo el aislamiento, la existencia de una economía comercial o de una sede institucional o religiosa. Hay bastantes diferencias entre la memoria de una capital, que incluso puede llegar a ser decisiva en la formación de la identidad nacional, y la de un pequeño pueblo de economía agraria, en el que la memoria común sigue teniendo una estrecha vinculación con la familiar (la “casa” de origen). Pero en uno y otro caso, por debajo de la memoria oficial conviven memorias diversas que se superponen a distintos niveles (la calle, el barrio), que son inter e intrafamiliares, y orales, aunque algunas acaben siendo recogidas por los cronistas locales. Y sobre las cuales se funda la continuidad de una comunidad local o urbana como dato sociológico, más allá de su dimensión jurídico-institucional y, de creer a las encuestas, la identidad básica de la mayoría de los españoles.

La represión franquista en Jaca, “cuna de la República”, ha sido narrada por Esteban C. Gómez sobre la base de preciosas fuentes escritas y orales, con más de cien entrevistas personales. Entre las primeras destacan el diario del profesor de instituto Florentín Ara, quien permaneció escondido durante más de tres meses, las actas del consejo de guerra contra Alfonso Rodríguez “el Relojero”, los relatos de la maestra Pilar Ponzán y de Joaquín Maurin, preso en Jaca hasta septiembre de 1937, y los archivos de la jefatura local de FET y de las JONS. También la prensa franquista, en especial *Jaca Española* dirigida por Ricardo del Arco, y la republicana en la que escribían los huidos de julio de 1936, como el semanario *Jaca renacido* como portavoz del Batallón del Alto Aragón.

El libro documenta con precisión no sólo el número e identidad de las víctimas, sino también los métodos de la represión, como el recurso a las fotografías realizadas durante algunos actos y manifestaciones republicanas, y a

las listas incautadas o elaboradas por Falange de los afiliados a los partidos y sindicatos de izquierda, a organizaciones como el Socorro Rojo o al semanario *Jaca*, de la UGT. Así como los escenarios (los "lugares de la memoria" local como la torre de la cárcel, el campamento de Batiellas o el fuerte de Rapitán), las depuraciones de funcionarios, las multas y expropiaciones, la violencia sobre las familias de los huidos y fusilados (los rehenes del Seminario Diocesano). La participación de una parte de la ciudadanía y del clero, incluso empuñando las armas, en los distintos niveles del aparato represivo, la propaganda aplastante, las misas y los rituales de celebración protagonizados por los falangistas y requetés. La repugnancia de no pocos representantes de la derecha conservadora que, sin embargo, asistieron impasibles a la brutal represión llevada a cabo por el ejército con la ayuda de algunos jóvenes de sus propias familias, aunque hubo quien prefirió marchar al frente antes que participar en los crímenes de la retaguardia. O la depuración *a posteriori* en las filas de la FET local, expulsando a los militantes de pasado izquierdista que habían buscado protección en ellas, una muestra más de cómo la política de la venganza dominó sobre cualquier tentación de integrar al enemigo en un pretendido proyecto fascista. De que Falange cumplió, aunque no fue ni mucho menos la única responsable de la violencia, una útil función durante todo el franquismo de guardián (*gatekeeper*) de la memoria de la guerra, bien recompensada con poder político y prebendas personales, como demostraría luego la rápida carrera de algunos de los más activos participantes en la represión..

Y, por encima de todo, las sucesivas "sacas" de labradores, jornaleros, obreros, artesanos y albañiles, pero también de comerciantes, pequeños industriales, médicos y farmacéuticos; de militares, guardias civiles, guardias de asalto y carabineros que se habían opuesto a la rebelión; de ferroviarios de Canfranc, de telegrafistas de Jaca, de alcaldes, concejales, secretarios y empleados

municipales, de maestros de varios pueblos de la comarca, de alumnos del Colegio Evangélico, de amas de casa y jóvenes estudiantes, casi 400 muertos en total desde el 28 de julio de 1936 hasta 1942. Uno de los últimos, el 5 de agosto de 1941, fue Alfonso Rodríguez "el Relojero", las actas de cuyo juicio despejan cualquier duda sobre la responsabilidad de una parte de la sociedad civil jacetana en la represión. Una violencia que sólo en parte fue de clase, pues tuvo como objetivo principal las instituciones, las organizaciones y los protagonistas del periodo republicano, más allá de su procedencia social, de su muy distinta ideología o incluso de su comportamiento concreto en los años precedentes, que en muy pocos casos podía explicar —mucho menos justificar— una venganza personal.

No es de extrañar que Joaquín Maurín recordara que, al llegar a Jaca en su huida desde Galicia, «apenas se veían hombres en las calles. Los jóvenes habían desaparecido por completo: huyeron, fueron movilizados o estaban presos. Se respiraba un ambiente general de tensión»<sup>1</sup>. El 21 de agosto de 1936, un día después de que varios falangistas asesinaran a Félix Godé, maestro de Jaca (en total fueron trece los maestros ejecutados), Florentín Ara escribía en su escondite:

«Me dicen que mi buen amigo Félix Godé fue ayer muerto criminalmente. ¿De qué se le acusó? Republicano sincero, fuimos juntos a algunos actos de propaganda; Secretario del Tribunal de los cursillos del Magisterio de esta provincia, era un maestro enamorado de su profesión y trabajador entusiasta. ¿Qué daño hizo? Sí, cometió el grave delito de ser un hombre que pensaba y trabajaba. La vida le sonreía y la canalla fascista, conocedora de su propia inutilidad, no puede consentir vidas sonrientes por la virtud, la

<sup>1</sup> MAURÍN, Jeanne, *Cómo se salvó Joaquín Maurín. Memorias y testimonios*; Maúrid, Ediciones Júcar, 1980. También PONZÁN, P., *Lucha y muerte por la libertad (1936-1945)*, Barcelona, 1996.

inteligencia y el trabajo. ¡Pobre amigo mío! Y como él, ¿cuántos maestros han caído? Odian la enseñanza porque ven en ella la salvación de los pueblos y los maestros, esos hombres a quienes la República dignificó como tales y como su misión merece, son hoy uno de los blancos del plomo homicida. ¡Asesinos!...» (p. 221).

Mientras tanto el capuchino Hermenegildo de Fustiñana, descrito por Maurín como un «pajarraco agorero», escribía una carta al padre de Mariano Acín, otro maestro fusilado el 7 de agosto, pretendiendo consolarle con palabras como las siguientes:

«Constantemente proclamaba que era inocente y cuando le hice ver que la justicia humana era severa, que no admitía mitigaciones, comprendiéndolo todo, porque había recibido una buena educación y sólidamente cristiana, se confesó humildemente, en el instante mismo de morir aún le di el crucifijo para que lo besara, muriendo como mueren los santos. En medio de la desgracia que a Vds. aqueja, creo que es un gran consuelo para los padres y esposa cristianos, saber que ha muerto dignamente, y no como muchos de sus compañeros, que se negaron a reconciliarse con Dios» (pp. 209-210).

Lo que demuestra el libro de Esteban C. Gómez, de manera tan efectiva como ajena a cualquier pretensión epistemológica, es la persistencia de la memoria a pesar de cuarenta años de represión y miedo. El centenar largo de fotografías de las víctimas que el autor ha recopilado con la ayuda de Roentgen Beltrán –hijo de Antonio Beltrán “el Esquinazau”, jefe de la 43 División en la “Bolsa de Bielsa”– son buena prueba de ello, al igual que las emocionantes cartas de despedida de los padres, madres, hermanos o hijos antes de ser fusilados, guardadas por sus familias.

La memoria de la guerra y la violencia fue, por la propia naturaleza del franquismo, sinónimo de resistencia para los vencidos, igual que para los vencedores lo fue de justificación y legitimación. Sí existió una auténtica cultura política de los vencidos que no

marcharon al exilio, hecha sobre todo de recuerdos, a veces de solidaridad, de gestos implícitos y actos silenciosos de rebeldía, que muy pocas veces han dejado rastro o memoria pública, y que está todavía en gran parte por estudiar aunque cada vez resulte más difícil por el carácter oral de las fuentes. Ello no significa que deba hacerse una interpretación de esa cultura exclusivamente “resistencial” (con su opuesto de “colaboracionismo”), pues dejaría muchas actitudes intermedias sin explicar. Porque la mayor parte de los vencidos tuvo primero que aprender, según sus propias palabras, a «convivir con los verdugos» y luego construir su propia vida en el marco social del nuevo régimen. No sabemos mucho sobre las formas que adquirió ese lento proceso, esa disyuntiva entre la memoria y la vida parafraseando a Jorge Semprún, cuyo estudio pertenece por derecho propio al ámbito de la historia social y local, aunque sabemos que a la larga resultó decisivo para el éxito de la democracia. Tampoco sobre cómo esa cultura/memoria de la derrota enlazó con las nuevas formas de oposición política surgidas en el interior desde finales de los años cincuenta, casi siempre dentro de organizaciones del régimen o la Iglesia, y por iniciativa de personas vinculadas directamente, o por familia, educación o socialización, a los vencedores de la guerra. Hasta qué punto la modernización, la urbanización y la emigración consiguieron lo que no habían conseguido la violencia, la escuela, la parroquia o la propaganda franquista, y hasta dónde el “aprendizaje de la libertad”, como ha sido definido recientemente, tuvo que partir de cero, si es cierto que «los conceptos de ‘memoria’ y ‘aprendizaje’ son inseparables» como ha escrito Paloma Aguilar.

El número y la lista con los nombres de los fusilados en Jaca ya habían sido publicados con anterioridad, pero esta nueva obra ha tenido el mérito de devolverles la imagen, gracias a una valiosa documentación fotográfica, el sentimiento transmitido a través de sus diarios, documentos y cartas de despedida, y el testimonio de quienes les

conocieron<sup>2</sup>. No han sido tantas como se preveía las polémicas que por la mención con nombre y apellidos de las personas implicadas directa o indirectamente en la trama civil de la represión, sin duda la parte más problemática de una narración semejante en ámbito local. Esteban C. Gómez no es un historiador profesional, ni según él mismo afirma ha pretendido hacer una aportación a la ya abundante historiografía sobre el tema, sino una reivindicación de la memoria dirigido a una colectividad concreta. Incluso con sus evidentes defectos en la planificación y redacción, el libro ha conseguido su objetivo y entre los descendientes de los represaliados sólo se lamenta que muchos no hayan podido verlo publicado. Y ha dejado claro que, demasiado a menudo, la reconstrucción historiográfica ha tenido muy poco que ver con la recuperación de la memoria colectiva y con el compromiso ético que, al menos en teoría, los historiadores solemos reivindicar para nosotros. Algo que en los últimos años ha empezado a cambiar, provocando como sabemos respuestas que sólo han sabido oponer ideología al empeño de tantos historiadores por combinar rigor científico con un “léxico civil” propio de una sociedad reconciliada y pacificada –no precisamente por mérito del franquismo y sus seguidores– pero también libre y democrática.

**Javier Muñoz Soro**

---

<sup>2</sup> En CASANOVA, Julián, CENARRO LAGUNAS, Ángela, CIFUENTES, J., MALUENDA, M.P. y SALOMÓN, P., *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, Madrid, Siglo XXI, 1992. También MUÑOZ SORO, Javier, “Joaquín Maurín: un revolucionario en Jaca”, *El Pirineo Aragonés*, 24-VI-1993, pp. 25-28 y “La Guerra Civil en Jaca”, en D. Buesa Conde (dir.), *El Alto Aragón, historia de una convivencia*, Huesca, Publicaciones y Ediciones del Alto Aragón, 1993, pp. 288-290.

**SAZ CAMPOS, Ismael, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003, 441 pp.**

En el momento en que Ismael Saz escogió un tema tan crucial como el de la elaboración de las líneas ideológicas de “los nacionalismos” en España y del papel que jugaron en la construcción del régimen franquista, se insertó directamente en uno de los grandes debates del siglo XX, que se continúa por su trascendencia en el siglo XXI. Investigando sobre esos temas, el historiador valenciano nos ofrece un corolario historiográfico importante, puesto que todo estudio sobre la estructuración de una nación, sobre las pautas teóricas del nacionalismo y sobre los procesos de nacionalización es siempre susceptible de despliegues relacionados con los cambios políticos y sociales que están afectando, en la actualidad, a los ciudadanos y sus referentes estatales.

La tensión entre la concepción centralista del régimen franquista y los nacionalismos periféricos es un argumento muy tratado en la historiografía española; en cambio, Saz nos propone otro enfrentamiento menos mencionado, que se produjo dentro de la propia España franquista, matizando así la visión monolítica del bloque nacionalista (evidentemente no tan compacto), que tenía diferentes opciones y proyectos, pero con factores ideológicos tan afines que dificultaba la individuación de las diversas corrientes. Tenemos aquí los dos móviles del texto: por un lado, el estudio de los nacionalismos franquistas (y no “el” nacionalismo), las fibras doctrinales y los soportes de la estructuración de una dictadura de tan larga duración, contiene unas consideraciones sugerentes sobre el concepto mismo de nacionalismo; por el otro, Saz marca los elementos distintivos del ultranacionalismo falangista y del nacionalcatolicismo, indicando en particular el lugar que pertenece al nacionalismo dentro de la ideología fascista en España, dado que él opina que en muchos análisis «se podían enumerar los componentes

ideológicos del fascismo español sin que ninguno de ellos considerase explícitamente al nacionalismo o, a lo sumo, se podía citarlo como uno más» (p. 49): el inconveniente de esa actitud es el peligro de perjudicar las diferencias con los otros nacionalismos, sobre todo el católico, y ofuscar las dinámicas de amorodio y las interrelaciones entre ellos.

De la breve, pero densa, introducción a importantes personalidades del pensamiento político del siglo XX que nos proporciona el autor y, más aún a continuación, en todo el análisis del proceso de elaboración del ultranacionalismo falangista (además, en cierta medida, del nacionalcatolicismo de Acción Española), se desprenden las maneras en que los ideales nacionalistas pueden cambiar de forma y colores, según se traten como ideología política, como disfraz del imperialismo, como afirmación romántica de una identidad histórica, como eufemismo del colonialismo económico, como reacción al colonialismo económico, como revolución, como contrarrevolución, como suma de todos los “antis” o como resto de la retórica política totalizante. Siguiendo dinámicas parecidas, las tendencias políticas en el interior del país estuvieron especulando sobre el carácter más o menos fascista y más o menos católico del nacionalismo español, en la medida en que el régimen marcaba los pasos de la construcción del Nuevo Orden. Para estudiar esas dinámicas, la primera frontera cronológica indicada por el autor es 1898: desde el interior del país, desde finales del siglo XIX y principios del XX, ya se había precisado un congruente conjunto de reflexiones y teorías sobre una España que aún hoy en día se ve tan “peculiar” en su nacionalización. De tal modo, se fue creando una base cultural-filosófica, de la cual los bandos nacionalistas principales del franquismo sacaron la materia prima para la consiguiente elaboración política. De hecho, tras 1898, catalizador de todo

sentimiento de decadencia finisecular, apareció de forma cada vez más difusa la urgencia de salvar a la patria del desgaste político: era la consecuencia de la progresiva pérdida de confianza en la eficacia de la representación parlamentaria por parte de aquellos mismos personajes que se habían formado en la cultura política supuestamente liberal y de aquella generación de literatos que percibían fuertemente el sentimiento de decadencia. Ese sentimiento, de sabor pesimista y nietzscheano, fue el primer presupuesto de todos los planteamientos de los autores del período, que fueron creando un «temario», como lo denomina Saz, caracterizado por una fuerte carga reaccionaria. Esa carga no tenía que llevar necesariamente a resoluciones políticas, pero evidentemente era apta para radicalizarse según las formas del proyecto falangista, por un lado, y nacional-católico, por el otro. Los personajes que el autor nos presenta son diferentes, y de cada uno menciona las características más importantes de su pensamiento: desde el nacionalismo católico de Marcelino Menéndez y Pelayo a las contribuciones del nacionalismo esencialista y secularizado de Unamuno o a las del «anarco-aristocratismo» (p. 76) del Grupo de los Tres (Azorín, Baroja y Maeztu); y más, con las aportaciones de algunos rasgos maurrasianos por parte de Eugenio D'Ors, vitalista revolucionario; pero sobre todo las de Ortega y Gasset, elitista, esencialista, de mentalidad europeizante y modernizante, con anhelos de vertebración y nacionalización de las masas. El efecto inmediato de ese sentimiento de decadencia fue la voluntad de regeneración de la Nación y la creación de un «mito palingenésico» (p. 98) cada vez más difundido pero todavía políticamente inactivo.

El factor que radicalizará en sentido reaccionario todos esos elementos propedéuticos al nacionalismo fascista y al nacionalcatolicismo fue la misma «blandura» de la dictadura de Primo de Rivera, otro punto de inflexión porque evidenció la necesidad de una renovación decidida. Emergieron entonces otras figuras relevantes para trazar los ajustes

de la configuración política del pensamiento nacionalista: Ernesto Giménez Caballero, que enderezó su formación unamuniana y orteguiana hacia la visión populista y esencialista de la Nación, una esencia que se entiende como síntesis de toda las contradicciones en el «genio» de España; Ramiro Ledesma Ramos, que elaboró de forma más definida el vitalismo revolucionario modernizante y el imperialismo mesiánico secularizado (tanto hacia el interior como hacia el exterior) del ultranacionalismo fascista; Onésimo Redondo, con su nacionalismo totalitario y populista; o José Antonio Primo de Rivera «de fascitizado a fascista» (p. 138), que proporcionó el dogma fundamental de la España franquista, el de la «unidad de destino en lo universal».

Llegó el momento de definición decisiva (es decir, la Guerra Civil) y a partir de aquí la España a construir por los vencedores. Nos encontramos, pues, en el meollo del libro: el análisis del ultranacionalismo como eje vertebrador del proyecto falangista en el proceso de estructuración estatal y de cómo intentó impulsar su visión totalizante del Nuevo Orden según el ideal político de Estado fascista. Después, en una segunda fase, cómo Falange tuvo que reinventar su proyecto, confesionalizándose. En efecto, al acabar la Guerra Civil y frente a un nuevo aparato gubernativo que moldear, cada uno de los grupos que apoyaron el «movimiento nacional» (monárquicos, tradicionalistas, conservadores, católicos, falangistas) tenía su propio proyecto a desarrollar. Pero el autor también se interesa por los «otros» nacionalismos, los derrotados; en primer lugar, el de matriz liberal en el sentido amplio de la palabra (pp. 158-160): en realidad no sería apropiado considerarlo una corriente de pensamiento político, como si hubiera un «nacionalismo republicano», porque lo que con ello se puede entender no era una pura ideología política nacionalista, sino más bien una concepción de Estado; en este caso específico, la concepción de cómo tenía que configurarse el Estado español, con lo cual es difícil compararlo en el plano

doctrinal con el nacionalismo fascista (de hecho, Saz no lo hace). En segundo lugar, considera los nacionalismos periféricos, esos sí definidos políticamente, a los que, sin embargo, el autor se refiere de forma puntual y en particular en lo que se relaciona con la situación catalana: desde luego la solución del "problema" autonómico era una de las condiciones para la salida exitosa del proceso de nacionalización de España y de la realización de la "unidad de destino", con todos sus rituales de concentración masiva y simbolización de la fuerza del Partido (como los desfiles valencianos de 1940 descritos en el primer capítulo) y todos los ejemplos «de la posibilidad de una renacionalización española de los catalanes» (p. 258), como propugnaba Eugenio D'Ors. Su argumentación habría sido más concluyente si el autor hubiese delineado (como en un momento dado parece comprometerse a hacer y como cita el título) con el mismo detalle con el que sigue la trayectoria del ultranacionalismo fascista también el del nacional-catolicismo: esta última, aunque ampliamente considerada, queda más bien como contrapunto del enfoque fundamental del libro, que es el del falangismo.

El contrapunto es, desde luego, necesario, dado que los dos nacionalismos eran antagónicos pero coincidentes en muchos aspectos, conflictivos pero complementarios, aparte de sincrónicos y cohabitantes de un mismo territorio compartido pero en disputa (p. 164): una cohabitación forzada pero inevitable, sobre todo tras el sello que le puso el Generalísimo en abril de 1937. Según el autor la unificación política, que supuestamente marcaba la ideológica, no fue excesivamente efectiva, sino que lo que produjo fue una progresiva defascistización de Falange o, mejor dicho, del proyecto político falangista, contemporánea a su confesionalización. Fue un proceso posible por los factores ideológicos comunes pero de todas formas delicado, al que se dedicó Pedro Laín, católico militante, neofalangista y revolucionario, en su elaboración de la síntesis entre lo fascista y lo religioso,

entre lo nacional y lo social, integrando en él a Ortega. Dionisio Ridruejo y Antonio Tovar se lanzaron a tentativas parecidas. Destaca aquí la labor atenta de Saz en la reconstrucción de la trama ideológica del ultranacionalismo falangista comparada constantemente con la parte católica, hilo tras hilo, a partir de las facetas filosóficas y culturales, de sus implicaciones sociales, cerrando filas, hasta la nervadura más decisivamente política. Por ejemplo, uno de los puntos del temario falangista era el Imperio, al que el autor dedica el capítulo VI, que representaba el lado impetuoso y activista de la revolución "pendiente", el destino de la unidad hispánica indisoluble, la exteriorización del mito palingenésico: el Imperio, y Saz lo explica muy bien, era la resolución final a la voluntad nacionalista de Falange y aclara las actitudes de ciertas fases (la exaltación por los éxitos de Alemania en la II Guerra Mundial y el sucesivo redimensionamiento tras su derrota); frente a todo ello estaba la «captura ideológica» (p. 269) del mismo concepto por parte de los católicos en un plano más espiritual e interior, una captura que comportaba una especie de asentamiento de la Revolución fascista (que de todos modos era de matriz católica, y ello ni se ponía en discusión). Pero sobre todo eran las pretensiones totalitarias de Falange las que daban más motivos de choques con su cohabitante cuando, subiendo el entusiasmo por los éxitos bélicos de los fascismos, parecía posible «la suplantación de todas las nociones, nación, pueblo, Patria y España, por Falange» (p. 295), pasando a ser de medio al servicio de la plena realización de la Nación a esencia y fin de la misma.

El tercer punto de inflexión fundamental de la trayectoria del ultranacionalismo falangista fue la derrota del fascismo tras la II Guerra Mundial, que significó también una desvalorización de la misma ideología nacionalista; así que, en los espacios de cohabitación con los católicos, los falangistas perdieron territorio (Ministerios de Interior y de Prensa y Propaganda); por ejemplo, Serrano Suñer hubo de asistir al "peligroso" (para su proyecto de nación) ascenso de Carrero Blanco y la promoción

del nacionalcatólico Arrese a la Secretaria General del Movimiento. Y en todo caso, pesaba cada vez más la sombra del Caudillo que todo el cuerpo del Partido: tras otros emblemáticos desfiles, como los de Barcelona del 1942, ya salieron las primeras elaboraciones sistemáticas de la doctrina del Caudillaje franquista (de Francisco Javier Conde). La realización del Estado fascista era cada vez más retórica y su destino estaba marcado más aún por la unidad católica hispánica: el nudo fundamental era «si el carácter católico del fascismo español iba a ser su propia peculiaridad (...) o, si, por el contrario, esa elevación del grado de catolicismo se traducía en la negación del fascismo» (p.340). El autor viene a concluir, y aquí aparecen elementos para el debate que, cayendo el verdadero programa nacionalista fascista, cayó también el factor de definición fascista del régimen, porque si Falange ya no era fascista, sino fascistizada, el mismo régimen lo era menos aún: una Falange “maquillada” (p.370) de fascista, a pesar de la renovación de su fuerza en ciertos momentos (como a principio de la década de los 50), en la que los enfrentamientos ideológicos y culturales con el nacionalcatolicismo, concluye Saz, se fueron arreglando sobre una especie de nacionalismo de *statu quo*, castellinizante, centralista y fascistizado conformándose con una actuación no de primer actor como hubiera querido.

La lectura del texto permite adquirir una panorámica amplia y bien documentada del ideario nacionalista fascista, además de abrir unos cuantos canales de reflexión, porque lleva a cabo el análisis intelectual y doctrinal de ciertos temas sin dejarlos en las olas de formulaciones abstractas, dotándolos por el contrario de referentes con nombres, apellidos, trayectos vitales y personalidad; y, de vez en cuando, “secularizándolos” en momentos concretos de la historia de España.

**Laura Zenobi**



**YUSTA RODRIGO, Mercedes, *Guerrilla y resistencia campesina. La resistencia armada contra el franquismo en Aragón (1939-1952)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003.**

Esta obra constituye un extracto de la tesis doctoral defendida por la profesora Mercedes Yusta en la Universidad de Zaragoza (septiembre 2000). Aborda el estudio de la guerrilla antifranquista en el marco geográfico de la región aragonesa durante el primer franquismo, desde un doble enfoque de gran interés, al tratar de analizar la incidencia de los factores tanto externos como internos que condicionaron la génesis, evolución y desaparición de la lucha guerrillera. Para ello, recurrirá a la historia comparada, estableciendo los puntos de conexión que relacionan a la guerrilla aragonesa con el resto de resistencias europeas que lucharon contra el fascismo (siguiendo los planteamientos de Julián Casanova respecto a la naturaleza fascista del régimen), sobre todo, la guerrilla griega y, especialmente, la Resistencia Francesa, y estudiando, a su vez, el papel relevante desempeñado por esta última, tanto en su gestación como en su dinámica.

De esta forma, la presente obra supera los problemas señalados en su día por el profesor Tusell respecto a la producción historiográfica que sobre la Guerrilla ha ido apareciendo a partir de la década de los ochenta, en que el exceso de regionalización y cuantificación –herencia de cierto positivismo–, ha ido en detrimento de nuevos modelos interpretativos y metodológicos. No obstante, Mercedes Yusta ha sabido incorporar en sus planteamientos las aportaciones que determinados historiadores han ido añadiendo en el ámbito historiográfico, siendo algunas de ellas el análisis que Harmut Heine realizó sobre el papel desempeñado por el pueblo como engranaje represivo del Régimen y el estudio de Fernanda Romeu sobre el colectivo social y los “elementos vivos” de la historia. De ahí que la profesora Yusta haya privilegiado el estudio del fenómeno social y las interrelaciones que

se dan en su contexto, haciendo especial hincapié en las relaciones de parentesco y mermando la relevancia otorgada tradicionalmente a la historia política. Este nuevo enfoque historiográfico (tratado en previos trabajos de investigación como *La guerra de los vencidos: el maquis en el Maestrazgo turolense (1940-1950)*, Institución Fernando el Católico, 1999), al intentar explicar la importancia de las relaciones multilíneas entre vecinos (concepto de “red”) frente a una rígida visión estereotipada de división social por criterios de clase, nos permite adentrarnos en el estudio de las complejas relaciones que se establecen en el ámbito rural aragonés, facilitando la comprensión de las peculiaridades de la lucha guerrillera al analizar los diversos estratos sociales que convivían en el mundo rural, así como la pervivencia de conflictos larvados en el pasado y que, a su vez, explican la carencia de una política definida por parte de la guerrilla y su utilización como instrumento para solucionar disputas individuales.

Esta obra de Mercedes Yusta es de consulta obligada para todo aquel que intente adentrarse en la temática guerrillera, al superar los límites espaciales y temporales (tan manidos en trabajos al uso) y al apostar por nuevos enfoques en el ámbito historiográfico, que permiten una visión de conjunto a nivel internacional, sin obviar las peculiaridades propias, minuciosamente analizadas, que le dan singularidad, y una proyección más allá del periodo estudiado que facilita la comprensión de la guerrilla en su contexto, así como su influencia en los núcleos rurales aragoneses. Sin embargo, es necesario completar su lectura con la obra de Josep Sánchez Cervelló (ed.), *Maquis: el puño que golpeó al franquismo. La Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón*, donde se apuesta por nuevos planteamientos dirigidos a

buscar los antecedentes de los mecanismos de represión contra la guerrilla antifranquista en el siglo XIX, insistiendo en las similitudes con las guerras carlistas, y que en determinadas zonas del ámbito rural aragonés son de capital importancia para comprender su impacto y continuidad en la memoria colectiva. Será de esta manera como se

entienda, en toda su amplitud histórica, la interacción que Mercedes Yusta intenta demostrar entre un enfrentamiento de carácter político y una conflictividad específicamente rural.

**David Prieto**

**NÚÑEZ DÍAZ-BALART, Mirta, *Mujeres caídas*, Madrid, Oberon, 2003, 222 pp.**

Las investigaciones realizadas en los últimos años por la profesora Mirta Núñez sobre la sociedad de posguerra asidua del mundo carcelario y de las instituciones penitenciarias representan una sólida base en la que sustentarse para la elaboración de esta, su última obra, *Mujeres caídas*.

La inmersión en la documentación del Patronato de Redención de Penas por el Trabajo le ha permitido conocer y reflexionar acerca de lo que en el lenguaje de la época se conocía como “redención de mujeres caídas”, eufemismo cuyo significado real no era otro que el de la recuperación de las prostitutas clandestinas. Instituciones Penitenciarias ha sentado un precedente muy positivo y alentador digno de elogio con las facilidades dadas a la autora en el acceso y reproducción de las fuentes documentales y fotográficas.

El estudio rescata una parte de la historia de la sociedad que pone en tela de juicio la moral del franquismo y de la Iglesia que lo sustentaba. Porque si los principios espirituales de la época consideraban las relaciones sexuales extramatrimoniales un pecado mortal y la prostitución una inmoralidad, ésta lo es en todas sus formas, legal y clandestina. Sin embargo, ante las autoridades franquistas la impureza de estas mujeres no era tanto por el trabajo público que realizaban sino porque actuaban en las calles, ajenas al dominio de la superioridad. Las mujeres con la misma ocupación pero bajo el control del Estado eran legales, estaban integradas en los ambientes ciudadanos e incluso alguno hubo que manifestó que cumplían con una función social que era la de satisfacer los deseos de los hombres y salvar la honra de las mujeres decentes. La existencia de meretrices legales conllevaba la existencia de casas de tolerancia o lenocinio frecuentadas por magnates, industriales, latifundistas, estraperlistas, falangistas, católicos y miembros destacados de las distintas

familias políticas que integraban el aparato de poder franquista. Después de escuchar la misa del domingo, una visita a estos centros avalaba el nivel social y económico de los que los frecuentaban, amparados por la legalidad de estos burdeles aunque impregnados del “pecado de la carne”, como la Iglesia Católica denominaba eufemísticamente a las relaciones sexuales practicadas fuera del matrimonio. Esta hipocresía o doble rasero de medición de la moral que recupera la autora es un ejemplo muy llamativo de la época sombría y ambigua en la que se vivía en la España de los cuarenta y cincuenta.

M. Núñez recoge en las páginas de su estudio esa explosión del racionamiento y la miseria de los años cuarenta cuyo resultado inmediato se materializó en un aumento de la prostitución clandestina y en la respuesta oficial a este hecho, aunque tal y como la autora recuerda, no hay que confundirlo con una preocupación por la depravación moral y sanitaria de la sociedad española, sino que se enmarca en un contexto de gran inquietud de las autoridades en cuanto a la pérdida de ingresos –puesto que la prostitución legal pagaba impuestos–, el miedo a la difusión de enfermedades venéreas y el temor a que un excesivo número de mujeres en la calle cuestionara los valores religiosos y morales propugnados desde los estrados del poder y de la religión. Las miserias del Régimen quedaban expuestas en un escaparate público de difícil justificación ante el peculiar pundonor de los altos mandos de la administración franquista.

Fruto del aumento de la prostitución clandestina que mencionábamos, la profesora M. Núñez explica la creación de la Obra de Redención de Mujeres Caídas, a quienes había que aplicar una terapia moral y otra sanitaria que procurara su regeneración. Si la sanitaria resultaba bastante eficaz, no ocurría lo mismo con la reposición del

espíritu, a pesar de que los conventos y cárceles especiales trataban de servir de tratamiento sedante para su vicio, en palabras del vocabulario propio de la época. Los encierros, cuya duración oscilaba de 1 año a 15 días, solían estar dirigidos por religiosas y sacerdotes cuya misión era la de llevarlas por el buen camino de la recuperación religiosa y moral, aunque tal y como argumenta la autora de la obra, tal propósito se hacía imposible por el rechazo que despertaban entre las reclusas meretrices.

La distinción entre presas políticas y “mujeres caídas” aparece también en el monográfico, especialmente por esa confusión que el Régimen trataba de generar entre los dos colectivos con el objetivo de presentar ante la opinión pública lo que consideraban un ejemplo de depravación moral e ideológica en una misma figura: la mujer roja como sinónimo de prostituta. Las encarceladas por causas políticas tuvieron un especial empeño en demostrar la distancia que las separaba de las callejeras y hay numerosos casos en los que aquéllas pidieron estar en cárceles separadas o en galerías alejadas de las “quincenarias” para evitar mezclas que sólo conducían a la más dañina de las confusiones para la oposición al Régimen. Si la *Obra de Redención de Penas por el Trabajo* suponía un modo de explotación de los presos políticos, la *Obra de Redención de Mujeres Caídas* significaba un método de denigración de las mujeres, mezcladas las encausadas por prostitución clandestina con las culpadas de actos contra la seguridad del Estado. La cárcel de Segovia, según la información que aporta este estudio, fue la única que quedaba en España a partir de 1956 dedicada a este tipo de presas, rechazadas tanto por el carácter marginal de su actividad como por su falta de conciencia política en un contexto de gran implicación de las mujeres en los conflictos sociales, en la actividad clandestina y de oposición.

*Mujeres caídas* viene a sumarse al conjunto de estudios realizados sobre la situación de las mujeres en el franquismo, tanto los referidos a la vertiente de la represión femenina como a los habidos

sobre prostitución. En este sentido, la obra escrita por Mirta Núñez y publicada por Oberon completa un vacío importante sobre la historia social de la posguerra y el régimen de Franco.

**Matilde Eiroa**

**SÁNCHEZ RECIO, Glicerio y TASCÓN FERNÁNDEZ, Julio (eds.), *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1957*, Barcelona - Alicante, Crítica – Universidad de Alicante, 362 pp.**

En noviembre de 2000 se celebró en la Universidad de Alicante el seminario *Política y empresa en España, 1936-1957*. Respondía este encuentro a la voluntad de sus organizadores –editores del libro que reseñamos- de reconciliar en torno a este tema dos disciplinas que en el último cuarto de siglo han seguido a su juicio trayectorias divergentes: la Historia Contemporánea y la Historia Económica. Una realidad explicada, entre otras cosas, por el tránsito efectuado en este tiempo desde el marco interpretativo, más o menos marxista, que era común a ambas áreas hacia las nuevas propuestas conceptuales y metodológicas en las que se debaten hoy ambas comunidades académicas, y que van desde el neonarrativismo posmoderno hasta la cliometría. Hay en esta propuesta, ciertamente, algo de nostalgia de las contribuciones seminales que algunos economistas aplicados y sociólogos hicieron en los años setenta (cuando las ciencias sociales todavía no se habían especializado tanto como para ignorarse o no comprenderse) al estudio del capitalismo español y de las relaciones entre poder económico y poder político. Pero no hay que pasar por alto los esfuerzos interdisciplinarios, más recientes, de Juan Pablo Fusi y Jordi Palafox o de Santos Juliá, Mercedes Cabrera, Pablo Martín Aceña y Francisco Comín, por citar sólo algunos ejemplos. Dominada en número y en espíritu por los historiadores económicos y por el enfoque sectorial, la convocatoria reunió un total de catorce ponencias -los catorce capítulos que componen el libro- en las que, con ambición y estilo muy diversos, se analiza la relación entre empresarios y políticos durante la primera etapa del franquismo. Un tema del máximo interés y necesitado sin duda de nuevos análisis empíricos y conceptuales.

Los lectores habituales de libros colectivos saben muy bien cuáles son las

fortalezas y (sobre todo) las debilidades de este tipo de producto intelectual. Un producto que las editoriales comerciales se resisten cada vez más a apoyar y del que es sumamente representativo el libro de Sánchez y Tascón. Esto es así, en primer lugar, por la ausencia de un horizonte común a todos sus capítulos. Y eso a pesar de que la obra se abre con una muy sugerente propuesta de Glicerio Sánchez de examinar y explicar el comportamiento empresarial en clave de redes de interés y de abordar la investigación de forma sistemática, siguiendo la pista en cada sector o región a los tres hilos maestros de esas redes: la política autárquica, el intervencionismo del Estado en la economía y la ausencia de competencia. El concepto de red de interés presenta la ventaja –frente al más convencional de red de clase- de reflejar la naturaleza circunstancial de muchas de las alianzas forjadas entre empresarios, políticos y burócratas durante la dictadura, contribuyendo así a comprender mejor el proceso de adaptación que se dio entre estos colectivos, y, en definitiva, la complejidad de la realidad social. Pero como prácticamente ninguno de los autores sigue a Sánchez, el libro se convierte en una yuxtaposición de trabajos especializados de calidad pero de muy distinta factura. La segunda debilidad de la obra radica en otra ausencia, la de un capítulo de conclusiones, tanto más necesario en un libro tan heterogéneo, que aclare el significado de las contribuciones individuales, identifique controversias y plantee retos. Queda para el lector, pues, decidir si esta época oscura de la historia de España estuvo marcada por el primado de la política (como se afirma en muchos de los capítulos) o por el de la economía (defendido por Tortella y García Ruiz), una cuestión esencial para indagar en el comportamiento empresarial en las dictaduras. Causa sorpresa, finalmente, comprobar que, mientras la mayoría de las

contribuciones son textos cuidados, con aparato de notas y bibliografía, otras, sin soporte documental o bibliográfico alguno, se limitan a plantear estados de la cuestión. Sea por falta de tiempo de los editores o de disciplina de los autores, el caso es que este hecho rebaja considerablemente la calidad de esta empresa colectiva.

Su fortaleza reside en cambio en lo atractivo del tema y en la calidad de los autores convocados. Al breve capítulo de Glicerio Sánchez sobre el franquismo como red de intereses le sigue uno de Francisco Comín y Pablo Martín Aceña sobre la política autárquica y el INI. Los autores sitúan la historia de esta institución en el marco del debate historiográfico desarrollado durante los últimos diez años en torno a la subsidiariedad de la empresa pública; señalan la subordinación, típica de los administradores del Instituto durante el Primer Franquismo, de los criterios económicos y empresariales a los políticos y técnicos; recuerdan que el recurso a la nacionalización de empresas y sectores fue en España menos intensa que en la mayor parte de Europa occidental, y que la empresa privada hispana afectada por la intervención del Estado recibió casi siempre compensaciones; y arremeten (con particular virulencia, en las notas al final del capítulo) contra el último libro de Antonio Gómez Mendoza sobre el INI. Albert Carreras se dedica a revisar sus trabajos, ya conocidos, sobre la gran empresa española y la ruptura franquista. En un esfuerzo de conceptualización muy de agradecer, explica las estrategias más importantes de formación de la gran empresa: la creación de empresas públicas y la nacionalización, estatalización y naturalización de algunas privadas, españolas o extranjeras. El poder (político y económico) de la banca, tema predilecto de las ciencias sociales en los años setenta y ochenta, es examinado por Gabriel Tortella y José Luis García Ruiz. Respaldados por una investigación de archivo sobre los bancos Hispano-Americano y Central, estos autores defienden a la banca de su propia leyenda negra, rebajando el grado de influencia de

este sector en la política española, recordando la relativa debilidad de la banca mixta en España, e interpretando el éxito empresarial de estos dos bancos en clave de adaptación al entorno inflacionista de la dictadura. De otro banco, el Herrero, se ocupa Rafael Anes en un breve texto donde se analiza la relación entre esta institución y la reconstrucción económica de Asturias tras la guerra. Más ajustada a la propuesta de Sánchez Recio resulta la reflexión conceptual de Carlos Barciela sobre los grupos de presión en la España de Franco. Barciela se apoya en su propia investigación sobre el Servicio Nacional del Trigo para afirmar que la Administración franquista fue, además de la cocina de la política económica, la sede de una nutrida representación de intereses económicos privados. El *lobby* eléctrico, uno de los más emblemáticos en la segunda mitad del siglo XX, es examinado por Gregorio Núñez en un capítulo sobre este sector. Núñez explica cómo funcionaba el negocio eléctrico, un negocio donde el control de las tarifas y la financiación funcionó como alternativa al mercado negro, imposible por razones obvias en esta industria.

Pocas actividades económicas evocan con tanta fuerza los favores, irregularidades y corruptelas del franquismo (a la vez que explican muchas cosas del comportamiento económico y social de los españoles) como la construcción. La analiza Moisés Llordén en un trabajo que describe la transformación sufrida por el mercado inmobiliario español durante el primer franquismo. Fue entonces, efectivamente, cuando el predominio del alquiler dio paso al de la propiedad, y cuando se profesionalizó la figura del promotor inmobiliario. El autor se apoya en dos casos, Madrid y Gijón, y se ocupa brevemente de la política de la vivienda y de la peculiar oligarquía forjada en este gremio. Otro sector estratégico en la dictadura para examinar de forma conjunta política y economía es el calzado. Se ocupa de ello Roque Moreno en un trabajo que sí que indaga en el concepto de redes de interés. La política

económica fue para Moreno el punto de encuentro entre el Estado, la economía y los grupos de presión (definidos como grupos de individuos que controlan el Estado). Su análisis sistemático de la formación de redes de interés le lleva a concluir que éstos confluyeron, en el caso del calzado, en el Sindicato de la Piel (algo que ciertamente no ocurrió en otras industrias, donde la realidad transcurrió al margen de esta particular institución). Con la revista sindical *Piel* como base documental, el autor hace una reconstrucción sumamente interesante de este sector y analiza las razones de la hegemonía de un fabricante, Segarra, identificado como pocos con el régimen. En el siguiente capítulo, Eugenio Torres realiza un espléndido estudio del comportamiento individual y colectivo de los empresarios durante la autarquía. Interpretando investigaciones recientes sobre seis industrias distintas (transporte y construcción naval, material ferroviario, química y farmacia, textil y bebidas alcohólicas), Torres identifica las principales ventajas e inconvenientes de la intervención, arbitraria y sofocante, del Primer Franquismo, para concluir que el comportamiento del empresariado hispano fue esencialmente adaptativo. La búsqueda de relaciones privilegiadas con la Administración, la defensa del *statu quo* y el pragmatismo serían los rasgos comunes y más visibles del comportamiento de los emprendedores hispanos.

A la defensa de los intereses de los industriales catalanes dedica Pere Ysàs un breve capítulo, donde reconstruye sus principales redes asociativas (el Foment del Treball Nacional, los gremios tradicionales, diversas entidades sectoriales, las cámaras de comercio y los nuevos servicios sindicales). Se centra el análisis de Ysàs, sin embargo, en la lucha de los industriales por el control efectivo de la estructura sindical (supuestamente fagocitadora del legado asociativo catalán), en la adaptación de los principios liberal-capitalistas (supuestamente inherentes al empresariado catalán) a la estructura franquista, y en el advenimiento de una nueva era de entendimiento e

influencia a partir de 1957. El otro corazón industrial de España, el País Vasco, constituye el escenario de un excelente ejercicio de investigación a cargo de Manuel González Portilla y José María Garmendia. La reconstrucción que estos autores -utilizando una fuente nueva- hacen de los mercados (negro y oficial) de Bilbao entre 1936 y 1951, resulta sumamente eficaz para que el lector imagine la realidad económica española de esos tres lustros. Una realidad severamente distorsionada (González Portilla y Garmendia atribuyen a los dos mercados una actividad similar hasta principios de los cincuenta) que afectó tanto a bienes como a factores, propició la formación de una nueva burguesía (agraria, industrial y comercial) naturalmente afecta al régimen, y redujo aún más la competitividad internacional de la economía vasca. Este mercado negro extenso y persistente es interpretado por los autores como un poderoso triunfo social de los nacionales sobre los republicanos. Otro tema que hunde sus raíces en la guerra española (y en la neutralidad pronazi del franquismo) es el negocio del wolframio. Sobre él ha realizado Xan Carmona una investigación sugerente, que se expone en el penúltimo capítulo de este libro. Además de identificar a los principales beneficiarios gallegos de la coyuntura extraordinaria creada por este negocio durante la Segunda Guerra Mundial y la de Corea, Carmona ofrece un interesante análisis del mercado español y mundial del wolframio. Para acabar, el otro editor del volumen, Julio Tascón, reconstruye sobre una gran cantidad de fuentes (extranjeras casi todas) los flujos de la inversión directa extranjera en la España de la autarquía. Se trata de un estudio de indudable importancia, pero todavía preliminar y necesitado -como el propio autor reconoce- de más investigación, contraste y depuración. La relación forjada entre el capital extranjero, la burocracia franquista y el empresariado indígena, se plantea como otra tarea pendiente.

Identificar y entender a los "amigos económicos" del franquismo

autárquico constituye hoy, indudablemente, un tema de investigación apasionante, con toda clase de fuentes inexploradas a disposición de los historiadores. El libro de Sánchez Recio y Tascón supone un meritorio esfuerzo por animar a los especialistas en nuestro pasado político y económico a hacerlo. Además de emplear conceptos como el de red de interés —propuesto pero apenas

aplicado en este volumen—, esos futuros investigadores harán bien en dotarse de un marco teórico sólido; en adoptar una perspectiva comparada; en buscar y examinar nuevas fuentes; y en preguntarse por la continuidad a lo largo del pasado siglo de las amistades económicas de la dictadura.

**Núria Puig**



**MONTERO, MERCEDES, *Cultura y comunicación al servicio de un régimen. Historia de la ACNP entre 1945 y 1959*, Pamplona, Eunsa, 2001.**

El libro de Mercedes Montero es un capítulo más de la Historia de la ACNP durante el franquismo que ella misma empezó a escribir hace unos años (Historia de la ACN de P. La construcción del Estado confesional, Eunsa, 1993). Ahora la historia se centra preferentemente en las tensiones y crisis internas en el seno de la ACNP en torno a la política de colaboración con el Régimen (etapa ministerial de Martín Artajo). Las tensiones analizadas se centran en torno a Ángel Herrera, cuyo papel protagonista como mentor e inspirador principal se destaca, tanto en el inicio del proyecto colaboracionista (1945-46) como en la etapa ministerial de Ruiz Jiménez. Según la tesis del libro la posición colaboracionista y reformista desde dentro, defendida por Herrera y la mayoría de los miembros de la ACNP, chocó como ya había documentado Tusell, con la minoritaria de Gil Robles y algunos seguidores. Pero además el proyecto de "alta política" de Herrera (reforma desde dentro de contenido sobre todo social, pero también intelectual) chocó también progresivamente con la posición del presidente Martín-Sánchez, reacio y receloso de aperturas peligrosas al "enemigo". En este proyecto de renovación interna de la ACNP, Herrera se habría apoyado en los Círculos de Jóvenes liderados por Federico Silva

La tensión se agudiza en torno a 1952-56, durante el ministerio de Ruiz Jiménez en Educación, coincidiendo con el relevo de Martín-Sánchez por Guijarro, y con el nombramiento de Aquilino Morcillo, hombre de la "casa", como director del *Ya*.

Precisamente *Ya*, bajo las orientaciones supuestamente de Herrera, va a encabezar la defensa del proyecto de ley de Enseñanzas Medias de Ruiz Jiménez, frente a las resistencias de otros sectores católicos y de buena parte de la Jerarquía eclesiástica. Este apoyo a la reforma "estatalizante" de la Enseñanzas Medias sería una prueba del apoyo e

identificación de Herrera con Ruiz Jiménez. Sin embargo, su política universitaria y de apertura intelectual, fue mucho menos compartida por Herrera (aunque esto no queda demasiado argumentado o probado), y rotundamente rechazada por los sectores de la ACNP próximos al expresidente Martín-Sánchez. Desde esta perspectiva, la quiebra de la política universitaria en 1956 y su salida forzada del Gobierno habría supuesto el final (o un grave revés) al proyecto de "alta política" de Herrera en relación con la reforma interna del Régimen. Pero lo cierto es que los proyectos "sociales" más queridos y relevantes de Herrera estaban en ese momento en pleno desarrollo: el León XIII, el Pío XII y proyectos posteriores.... O quizás el fracaso de esa política, desde el Gobierno, había alentado otros proyectos alternativos, menos políticos y gubernamentales.

La intervención de Herrera en la ACNP, que pasa por altibajos, no queda bien perfilada. Parece efectivamente que a pesar de sus grandes influencias personales sobre la plana mayor de los Propagandistas, y de su consiliaría en el periodo 1949-1955, Herrera se mantuvo más bien distante de la vida interna de la Asociación y de algunas de sus obras principales como el CEU y el San Pablo, mientras se dedicaba a crear obras nuevas, especialmente el León XIII (cfr. J. Sánchez Jiménez). Sin embargo prestó especial atención a la orientación de la Editorial Católica jugando un papel decisivo en el "golpe de mano" de 1958 que acabó con la destitución de Francisco de Luis como consejero delegado. El alcance político de esa destitución queda bastante bien perfilado por la documentación privada de Alfredo López (conservada en el archivo histórico de la Universidad de Navarra), que completa la versión de la biografía de Francisco de Luis, y otros testimonios ya conocidos.

El libro de Mercedes Montero, partiendo sobre todo del libro de J. Tusell sobre el "colaboracionismo" católico de

Martín Artajo, y de los testimonios sobre Herrera, recogidos por García Escudero, o las Memorias de Silva, se basa fundamentalmente en fuentes hasta ahora poco exploradas, como el Boletín de la ACNP, y otras inéditas y poco accesibles como los fondos de archivos personales depositados en el Archivo Histórico de la Universidad de Navarra (especialmente el del secretario de Gil Robles, Pablo Beltrán de Heredia, y el de Alfredo López, miembro cualificado de ACNP y presidente de la Junta Técnica de ACE entre 1945 y 1960). En la utilización de esas fuentes reside el mayor interés del libro y la validez de las tesis y argumentos defendidos. Y por tanto su utilidad y aportación historiográfica al conocimiento de la historia interna de una Asociación tan estrechamente imbricada a la vez en la vida de la Iglesia y en la del Régimen. En este sentido el libro confirma y amplía visiones anteriores sobre el alcance y el significado de esta etapa crucial del Régimen, intermedia entre el primer y el segundo franquismo, entre la autarquía y el desarrollismo. Pero adolece de una visión demasiado interna, excesivamente ligada a la perspectiva y el discurso de los propios Propagandistas en su Boletín.

Esa dependencia puede explicar la relevancia que se da a las tensiones internas y crisis de identidad. La ACNP como cualquier institución viva está siempre haciendo balance, en sus asambleas anuales, de su proyecto y de sus obras, y seguramente tiende a subrayar sus limitaciones y contradicciones. Ciertamente la ACNP va envejeciendo en esos años, adolece de una falta de relevo generacional, y sufre los inconvenientes, pero sobre todo las ventajas de un ambiente favorable que posibilita sus múltiples presencias e influencias en distintos ámbitos: desde la Acción Católica, buena parte de cuya dirección copan, hasta el Gobierno, en cuyo Consejo de ministros se sientan varios propagandistas. Es verdad que el CEU y el San Pablo no acaban de despegar, y sobre todo no cuajan en lo que sería su objetivo natural, una Universidad Católica. Pero es que había otros proyectos y realidades en marcha (la

Pontificia de Salamanca, la de Comillas, el recién creado Estudio General de Navarra, etc.)

Precisamente una de las principales limitaciones de esta Historia de la ACNP es que no tiene suficientemente en cuenta esos contextos próximos: la Jerarquía eclesiástica española (aunque se alude a algunas iniciativas y seguimientos de Pla y Deniel y Tarancón, además de Herrera), y los otros sectores y grupos católicos influyentes, Jesuitas, Opus Dei, Acción Católica. Llama especialmente la atención la total ausencia de referencias a las iniciativas del Opus Dei, tan próximas por otra parte a algunos de los objetivos y obras de la ACNP. Por otra parte una valoración más ajustada de la actividad desplegada por la ACNP en esos años no se puede hacer sin tener en cuenta su proyección y dedicación al desarrollo de la Acción Católica española. La historia de la ACNP y la de la ACE son necesariamente complementarias, casi una misma historia, por la identidad de objetivos y por la presencia de una buena parte de los Propagandistas en la dirección de la ACE.

Teniendo en cuenta, como sabemos desde el libro de Tusell, la dificultad de Artajo para llevar a cabo su proyecto reformista moderado, que coincide prácticamente con el proyecto de "alta política" de Herrera y de la ACNP, se hace necesario profundizar en el análisis de esa batalla de colaboración y confrontación de la ACNP con los otros grupos o "familias" del Régimen. Aunque son cuestiones más conocidas merecería más análisis la relación de la ACNP y sus hombres políticos con la reforma de la Enseñanzas medias y la política universitaria de Ruiz Jiménez, con los proyectos de reforma la libertad de prensa, o con la regulación del Movimiento Nacional.

En el plano de los contextos también habría sido importante tener más en cuenta las relaciones e influencias exteriores, especialmente con el catolicismo italiano y francés. En el Boletín ACNP abundan las referencias a los contactos internacionales, reuniones de

Pax Romana, congresos internacionales de prensa católica, y de apostolado seglar. Explícita e implícitamente hay un análisis comparado de la experiencia y el modelo de catolicismo español con el de otros países europeos. La reflexión y las posiciones de ACNP se configuran y definen en esa perspectiva comparada.

Creo que esta historia de la ACNP atribuye un protagonismo y liderazgo excesivo a Herrera. Su influencia quizá sea más personal (en las personas) que institucional. Por otra parte él se embarca en otras obras aunque siga de cerca el compromiso político de sus

“Propagandistas”. El libro quizá tiende a exagerar o sobredimensionar las divisiones y tensiones internas, siguiendo de forma excesivamente literal el discurso público de los múltiples balances; discursos por otra parte a veces muy crípticos, cuyo alcance resulta arriesgado interpretar. A pesar de estas reservas es indudable que el minucioso seguimiento de la Asociación a través de su Boletín nos ayuda a conocer mejor la proyección social y política de este grupo minoritario pero tan influyente en esa década intermedia del franquismo que son los años cincuenta.

**Feliciano Montero**

**FABER, Sebastiaan: *Exile and cultural hegemony: Spanish intellectuals in Mexico, 1939-1975*, Nashville, Vanderbilt University Press, 2002. 322 pp.**

El exilio republicano de 1939 transformó profundamente la relación secular entre España y México. Un vínculo histórico de proximidad no exento de diferencias tales como el choque entre la construcción de la identidad nacional mexicana y la nostalgia imperial española. En ese espacio, los intelectuales desterrados contribuyeron a forjar una imagen renovada de estas percepciones cruzadas, potenciando la tradición cultural común con la defensa de la democracia. Algo inseparable del contexto internacional y del proceso de institucionalización de la Revolución. Es notoria la relevancia del legado cultural y científico del exilio para la sociedad de acogida. Una huella simétrica a la pérdida infligida a la España de los cuarenta. Aunque Faber no lo ignora realiza una lectura crítica de sus connotaciones públicas. Su análisis de figuras señeras transmite una premisa esencial: la incorporación de estos intelectuales a una estrategia organizada de legitimación del régimen de partido mexicano.

En una coyuntura internacional cambiante y desfavorable, los exiliados se vieron acuciados por necesidades vitales de integración en un destierro prolongado. Salvo la breve esperanza de 1945, la división interna fue una constante en la estrategia de oposición a la Dictadura. Así, el recuerdo de la ayuda durante la guerra y la amplia acogida cardenista alimentaron la identificación entre proyecto republicano y oficialismo. Sin embargo, es discutible la caracterización de estos españoles como agentes *orgánicos* del régimen local. En primer lugar porque su prioridad política es España; en segundo, porque la adhesión a los sucesivos gobiernos tiene otras explicaciones como la gratitud o la afinidad; por último, la diversidad individual y colectiva del exilio político

no permite simplificaciones que lo reduzcan a una mera herencia *frentepopulista* derivada en pilar del *priismo*.

Faber señala algunas contradicciones entre el discurso y la práctica de estos intelectuales aprovechando el análisis de la figura de Paulino Masip. Una idealización de la cultura popular que refleja el conflicto entre planteamientos de origen liberal y la praxis de izquierda mayoritariamente marxista. De este modo, subraya sus resabios de nacionalismo español esencialista mezclado con proclamas sociales; enfatiza las pervivencias de los roles de clase y género tradicionales y los presenta como una clase privilegiada que se arroga una representatividad exagerada.

Según el autor, la utopía *panhispanista* en Junta de Cultura Española, la visión de México como *destino* y como *nacimiento* o la visión igualitaria entre continentes surgirían de un rechazo de la culpa del superviviente en busca de integración. El conflicto esencial de los intelectuales giraría en torno a la lealtad al país de acogida o su fidelidad a España. No obstante se trata de una argumentación cuestionable considerando la solidez de los vínculos culturales e históricos, la provisionalidad inicial de la acogida o que la actitud cardenista fue la más amistosa de un contexto hostil.

Faber reflexiona sobre la relación entre alta cultura y cultura popular a través de la actividad editorial. Ésta marcó su impronta en el sector iberoamericano pese a su desconexión con los lectores españoles motivada en parte por la censura impuesta aquí a este *canon alternativo*. La influencia de Ortega por medio de Gaos y sus seguidores permite al autor incidir sobre el elitismo. La extracción de cierto *Volkgeist* hispano tuvo repercusión en autores mexicanos

que trabajaron su identidad nacional. La aceptación de los postulados del nacionalismo mexicano de Estado suponía un rechazo de la violencia revolucionaria. Tanto la primigenia de 1910 como la latente en un país de crecientes desigualdades. El autor presenta dicho idealismo y el neologismo *transterrado* como herramientas de cooptación de los intelectuales mexicanos y españoles para la causa de legitimación gubernamental. Asimismo, interpreta la compleja figura de Max Aub oponiendo su aislamiento del público español y su relativo fracaso a un ascenso social impulsado desde el poder. Aunque reconoce su independencia y realismo, censura el carácter estrictamente privado de sus quejas ante los excesos de las autoridades. La inserción laboral es analizada como un recurso del partido para el control de la cultura y la comunicación al servicio del régimen, cimentado en una ideología de izquierdas de rígido control político de los movimientos sociales. Más allá del socialismo cardenista, la lealtad al PRI se basaría en una dependencia directa de los presidentes unida a una actitud acrítica ante el déficit democrático, una asunción del nacionalismo y la identidad mexicanas y una progresiva despolitización de la cultura. Frente al compromiso activo de los años treinta, una vuelta a las torres de marfil.

El trasfondo crítico de este ensayo suscitará rechazo en quienes valoren el legado del exilio de modo positivo. No obstante, los aspectos polémicos sugieren un interesante debate acerca de los límites de la acogida y de las contradicciones internas del discurso de los refugiados. El corporativismo público patrocinó a los intelectuales españoles a cambio de un

apoyo que Faber tacha de *silencio complaciente*. Sin embargo esta interpretación debe matizarse. La cercanía de los españoles a las autoridades puede entenderse como una deuda de gratitud por el soporte material y político a su causa y a sus necesidades personales. Asimismo, durante los años treinta y cuarenta, México experimenta un desarrollo económico y democrático favorable comparado con Iberoamérica o España, pero no con estándares occidentales, donde resalta la omnipresencia del PRI en el poder. La vocación primordial del exilio político fue la recuperación de la República y no la injerencia en la política local. Incluso cierto aislamiento fue una condición para una acogida que debía superar tópicos como el de *gachupines* neocolonizadores o *rojos revolucionarios*. Los republicanos constituían un grupo más heterogéneo y menos disciplinado de lo que se presenta aquí. Si la jerarquía interna fue discutida en los partidos, lo fue más aún entre intelectuales independientes, cuyas ideas no eran necesariamente propaganda orgánica sino expresión de su diversidad. Con frecuencia presentaban su proyecto cultural y educativo de orígenes krausistas como símbolo del ideal republicano, de su capacidad transformadora y de su soñada rehabilitación. Un *tesoro* que salvaguardar para un futuro de unidad. Un legado del que se considera depositaria a esa *España Peregrina*. Los refugiados se vieron envueltos en una encrucijada compleja de identidades cruzadas, de contradicciones y estériles divisiones. A pesar de ello, el nivel de integración fue considerable y contribuyeron a la inviabilidad del régimen tras la desaparición del dictador.

**Pablo Jesús Carrión Sánchez**

**ORTEGA LÓPEZ, Teresa María, *Del silencio a la protesta. Explotación, pobreza y conflictividad en una provincia andaluza, Granada 1936-1977*, Granada, Universidad de Granada, 2003.**

Historiar el franquismo se ha convertido en una inevitable arena en la que se disputan no sólo interpretaciones de nuestro reciente pasado sino visiones del presente. La lectura dominante de la transición democrática ha devenido un ejercicio de complacencia al servicio de la legitimación del actual orden y de sus principales depositarios/beneficiarios. En consecuencia, el acento de las explicaciones del cambio político recae en factores muy diferentes según se trate del coro de voces que alientan una conformidad acrítica con el desenlace o del reducto -no tan minoritario pero privado de las oportunas resonancias- que prefiere insistir en el protagonismo de la oposición a la dictadura y la movilización social a la hora de buscar las raíces de la democracia. El libro de Teresa María Ortega que ofrece al lector el fruto de su tesis doctoral pertenece a este segundo grupo. El de aquellos historiadores que centran su atención en las resistencias, larvadas o explícitas, que el franquismo no fue capaz de sofocar y construyen a partir de ellas la explicación del cambio democrático. En este sentido, el trabajo de Teresa M<sup>a</sup> Ortega viene a sumarse a una relativamente extensa nómina de investigaciones que se ocupan de procesos locales en los que la conflictividad laboral y el movimiento obrero adquieren especial relevancia. La novedad consiste, en esta ocasión, en que el espacio elegido es, como rezaba el título original de la tesis, "una provincia periférica y escasamente desarrollada". Y precisamente en ello reside buena parte del interés que ofrece la obra en cuestión.

Afortunadamente, el mosaico compuesto por este tipo de estudios se va ampliando hasta permitir una visión cada vez más ajustada. Para el caso andaluz, recientes publicaciones acerca de Sevilla, Jaén y Málaga acompañan a la que nos ocupa sobre Granada. Y nos permiten constatar lo que es uno de los argumentos centrales de Teresa M<sup>a</sup> Ortega: la

existencia de focos de contestación a la dictadura franquista también en territorios habitualmente eclipsados por el vigor de las movilizaciones obreras en las grandes concentraciones industriales. Con desfases cronológicos más o menos acusados y una intensidad ciertamente menor, las provincias periféricas participarían del modelo representado por las ciudades más dinámicas y los bastiones tradicionales del movimiento obrero. De forma progresiva, un malestar latente que apenas encuentra resquicios para aflorar a través de la tupida cortina de miedo corrida por la represión va dejando paso a una conflictividad manifiesta que en el caso de Granada alcanza su momento culminante en la huelga de la construcción de 1970, trágicamente saldada con tres muertes a manos de la policía. Comisiones obreras, asambleas, manifestaciones, militantes comunistas y cristianos y una acusada solidaridad de clase frente a la represión constituyen ingredientes que no se diferencian sustancialmente de los que podamos hallar en zonas emblemáticas para los movimientos de oposición.

El contexto en el que se producen estos hechos resultaba en extremo adverso. Al marco general impuesto por la dictadura hay que añadir las señas propias de la sociedad granadina de la época, de modo que una combinación de represión, subdesarrollo y emigración constituye el trasfondo insoslayable al que la autora dedica amplio espacio. Condiciones de vida y de trabajo extremadamente precarias insisten en la indefensión en que se desenvuelven obreros y jornaleros frente a unas relaciones de clase marcadamente autoritarias, un mercado laboral en permanente contracción y un proceso desindustrializador que acentúa las dificultades. A este respecto, la explotación de fuentes oficiales que, a medida que van siendo accesibles, ofrecen a los investigadores una valiosa información se convierte en una de las virtudes del libro. Informes y

documentación emanados de los sindicatos verticales, el gobierno civil o la diputación provincial, entre otros organismos, arrojan un panorama muy alejado del que la propaganda del régimen y sus medios de comunicación (si es que se trata de realidades diferenciadas) proyectaban sobre los españoles. El malestar generalizado, la desafección de las clases populares y una conflictividad individual como único resquicio se hacen patentes en cuanto nos aproximamos a fuentes oficiales cuyo carácter reservado permite cierta sinceridad a sus autores. Al mismo tiempo, el examen de las interioridades del sindicalismo verticalista permite apreciar sus contradicciones internas y los márgenes que ofrecía para la expresión del descontento, en especial cuando eran aprovechados por militantes de oposición.

Cuando el estudio se detiene en las formas de contestación organizadas, el cuadro viene a confirmar, en el espacio granadino, las tendencias más generales: ausencia de las centrales sindicales históricas (UGT y CNT) tras su agotamiento en la posguerra, convergencia en la práctica reivindicativa y los conflictos laborales de militantes comunistas y del apostolado obrero cristiano, emergencia de las Comisiones

Obreras como eje de todo el movimiento... Junto al predominio del PCE, a menudo como solitaria fuerza organizada en el precario panorama de la oposición clandestina, su papel en el impulso de Comisiones Obreras y de posteriores experiencias como las comisiones del campo, las juveniles y el despacho laboralista creado en 1972, llama la atención la actividad de curas obreros implicados tanto en la reivindicación laboral como en el asociacionismo vecinal.

Que estos procesos puedan ser constatados de forma rigurosa en trabajos monográficos como el de Teresa María Ortega supone una apreciable aportación al conocimiento de las raíces en que se asienta una conciencia democrática laboriosamente reconstruida tras el cataclismo de la guerra civil. Si acaso, puede echarse en falta un mayor desarrollo de algunas vertientes apuntadas pero que no forman parte del hilo conductor de un estudio centrado en lo laboral: los movimientos ciudadanos y universitarios y los espacios de sociabilidad donde se propician las expresiones de disidencia.

**Rubén Vega**

**RENAUDET, Isabelle, *Un parlement de papier. La presse d'opposition au franquismo durant la dernière décennie de la dictature et la transition démocratique*, Madrid, Casa de Velázquez, 2003.**

Isabelle Renaudet, profesora en la Universidad de Provence, había publicado en los últimos años varios artículos que adelantaban algunos aspectos de sus investigaciones, en particular sobre *Triunfo y Cuadernos para el Diálogo*, en revistas especializadas o en libros colectivos como *Triunfo en su época* de Alicia Alted y Paul Aubert, o *Presse et pouvoir en Espagne* de este último y Jean Michel Desvois, ambos editados por iniciativa de la Casa de Velázquez en Madrid. Dichos artículos, sin embargo, no hacían suponer la amplitud y calidad del presente libro, que no sólo culmina un largo periodo de investigación de la autora, sino también numerosos estudios aparecidos en los últimos años sobre este tema: desde los ya citados, a los de Gabriel Plata y Annelies van Noortwijk sobre *Triunfo*; Aránzazu Sarriá y Albert Forment sobre *Cuadernos de Ruedo Ibérico*; Huertas Clavería y Carles Geli, e Isabel de Cabo sobre *Destino*; Jeroem Oskam, y Romano García y Magdalena Ruiz sobre *Índice*; Carme Ferré sobre *Serra d'Or*; Josep Fauli sobre *Oriflama* y otras revistas catalanas, o Carlos Forcadell sobre el quincenal aragonés *Andalán*. Junto a los excelentes estudios generales de Elisa Chuliá, Carlos Barrera, José Carlos Mainer, Jordi Gracia y Miguel Ángel Ruiz Carnicer sobre la prensa y la cultura en el franquismo.

Respecto a todas estas obras, el libro de Isabelle Renaudet destaca por su carácter más exhaustivo y omnicompreensivo del fenómeno de las revistas críticas maduradas o nacidas tras la Ley de Prensa e Imprenta de 1966. Analiza la diversidad de sus estrategias de supervivencia ante la censura y dentro del nuevo marco legal elaborado por Fraga desde el Ministerio de Información y Turismo, así como sus débiles estructuras empresariales y sus escasos medios financieros, que paradójicamente las hacían menos vulnerables respecto a la

prensa diaria, necesitada de grandes inversiones y monopolizada por los grandes grupos católicos, monárquicos y del Movimiento. También estudia la trayectoria política de sus protagonistas, que en casi todos los casos les llevó desde la identificación con el régimen franquista, a militar de manera más o menos intensa en las filas de la oposición.

La tesis del libro no es nueva: ante la ausencia de organizaciones políticas y de cauces legales para expresar la disidencia, la prensa crítica acabó asumiendo funciones que no le eran propias, desde la de educación cultural, cívica y política hasta la aglutinación de personas y grupos opositores. De ahí la calificación de “parlamentos de papel” usada a menudo y retomada en el título de la presente obra, aunque el concepto originario describa en realidad la función de la prensa libre en las sociedades democráticas. Estas revistas no podían acceder a un público mayoritario, tanto por su propio contenido, demasiado comprometido ideológicamente, como por los límites existentes a la libertad de expresión. En cambio, como bien señala la autora, más allá de sus discretas tiradas acabaron erigiéndose en “referencia dominante” –según el concepto usado por Gérard Imbert y José Vidal Beneyto para *El País* durante la Transición– y en señas de identidad para un sector social bien definido, el compuesto por estudiantes e intelectuales universitarios, profesionales liberales y funcionarios medios.

Sin duda la mayor aportación de la prensa crítica fue la de reconstruir la «razón democrática», en palabras del Manuel Vázquez Montalbán, la de formar una «generación de ciudadanos» como escribe la autora, que habría de ser luego clave para el éxito de la democracia. En la larga y a menudo desesperanzada lucha contra el régimen, la gramsciana “guerra de posiciones” llevada a cabo con tesón por estas revistas se demostró al final más eficaz que los ilusorios asaltos al “palacio



de invierno” de El Pardo pronosticados por muchas organizaciones clandestinas. Y también durante la transición a la democracia la prensa desempeñó una función esencial, pero con un importante relevo en las cabeceras, el lenguaje, los medios y, no tanto, las personas, que llevó a la desaparición paradójica de la mayor parte de las revistas citadas. Además, el estudio de *Serra d'Or* y *Andalán* nos recuerda –siempre hay quien se olvida– que tal reconstrucción de la sociedad civil sobre las ruinas de la brutal represión franquista tuvo una innegable dimensión regional, y no sólo en el caso de los nacionalismos históricos catalán, vasco o gallego. Hasta el punto de que la nueva democracia no podía sino dar configuración político-institucional a esas nuevas identidades.

Todo ello fue posible gracias al consenso de muchas personas en torno a los principios básicos de la convivencia democrática, por lo que no es de extrañar la presencia repetida de los mismos nombres en las distintas empresas periodísticas. A pesar de lo cual el proceso fue menos unívoco y uniforme de lo que da a entender la autora, en este sentido poco atenta a la diversidad de las culturas políticas y la historicidad del contexto. Por su misma calidad expositiva y buena documentación, el presente libro deja en evidencia algunos límites de éste y otros trabajos realizados en España y en los departamentos de español de universidades extranjeras, pioneros en este tipo de estudios interdisciplinarios a medio camino entre la historia del periodismo en sentido estricto y el afán totalizador de los estudios culturales. Combinar el estudio de las empresas periodísticas, de sus medios, objetivos y protagonistas, con el análisis del discurso y de los contenidos, puede dar resultados historiográficos significativos mediante la interpretación del texto en su contexto, pues la historia cultural no es la mera historia de los productos culturales.

**Javier Muñoz Soro**

**MARTÍNEZ LÓPEZ, David y CRUZ ARTACHO, Salvador, *Protesta Obrera y Sindicalismo en una región "idílica". Historia de las Comisiones Obreras en la provincia de Jaén, Jaén, Universidad de Jaén, 2003, 661 pp.***

En los últimos años, los trabajos que han tenido como objeto de estudio en nuestro país a los trabajadores y el mundo del trabajo, y más concretamente el movimiento obrero, han emprendido una importante renovación. Renovación en buena medida determinada por la revisión que desde hace algún tiempo ha experimentado la historia social. Combinando las propuestas temáticas y metodológicas realizadas por la historiografía y la sociología anglosajona y francesa, los trabajos que sobre aquellas cuestiones han sido publicados en las últimas dos décadas vienen prestando un gran interés a las diferentes y múltiples facetas de la esfera social de la clase obrera. Así, temas referidos a las condiciones materiales, a la vida cotidiana, a las diferentes formas de acción –colectiva o individual–, a las causas del conflicto social, a la subcultura de clase, a las redes de solidaridad, a la construcción de la identidad colectiva, se han convertido en los nuevos objetos de las investigaciones históricas.

La historiografía del franquismo y de la transición política, y muy especialmente aquella que se centra en el estudio del mundo laboral, ha sido una de las grandes beneficiadas de la pluralidad temática y de la complejidad metodológica con la que se ha comenzado a abordar por parte de la historiografía española el estudio de la clase obrera y del movimiento obrero. El libro de David Martínez y Salvador Cruz es un magnífico ejemplo del proceso de renovación y revisión aludido.

La historia de las Comisiones Obreras en la provincia de Jaén a lo largo de tres décadas resulta asimismo de un extraordinario interés, pues viene a profundizar en un período escasamente abordado por la historiografía andaluza. Ambos autores han sabido romper con el vacío y la orfandad que hasta hace más

bien poco tiempo han padecido temas claves para comprender nuestro pasado más inmediato. El escaso eco despertado en el ámbito de la investigación histórica andaluza por cuestiones básicas tales como las consecuencias sociales y económicas del desarrollismo de los años sesenta, el impacto y las consecuencias de la emigración, la transformación del espacio social y del mundo laboral, la ruptura o continuidad de determinadas señas de identidad, la reaparición de las acciones colectivas y de resistencia individual, el surgimiento y desarrollo de una nueva propuesta sindical y su tránsito y adaptación a la política de concertación de los años setenta y ochenta, queda ampliamente subsanado en este libro.

La profundidad del cambio social y económico ocurrido en la provincia de Jaén desde la primera mitad de los años cincuenta, su especificidad respecto al contexto nacional, las disparidades territoriales causadas por las políticas franquistas de planificación indicativa y de industrialización del período calificado como "desarrollista", y la marginación de aquella provincia en la política de incentivación de las inversiones industriales tanto públicas como privadas efectuada por la dictadura, son los condicionantes estructurales que, como explican ampliamente los autores a través de una ingente recopilación de documentación procedente tanto de archivos nacionales como provinciales así como de los valiosos testimonios orales, determinaron las dificultades y la tardía aparición de conflictos y reivindicaciones laborales entre los trabajadores jiennenses, y más aún, para la conformación de un nuevo modelo sindical alejado del sindicato vertical del régimen. Paradójicamente, a pesar de contar Jaén desde fechas tempranas con un plan de desarrollo, el Plan Jaén de 1953, en los años siguientes a la aprobación de dicho

plan la provincia asistió al mayor éxodo poblacional de su historia reciente, y la economía jiennense acentuó aún más su carácter periférico, dependiente, y sumamente ruralizado, lo que impidió asimismo una auténtica transformación cualitativa de sus colectivos obreros.

A pesar del limitado impacto que sobre aquella provincia tuvo el proceso industrializador, lo cierto fue que la sociedad jiennense, sin llegar a aproximarse a la profunda transformación sociodemográfica experimentada por el país, compartió rasgos y circunstancias análogas a la sociedad española. En los años sesenta y setenta la provincia de Jaén alumbró una nueva y renovada clase trabajadora, más obrera y urbana, y menos rural y jornalera. Surgió en los contados enclaves urbanos e industriales que brotaron en distintos puntos de la provincia tras la puesta en marcha del Plan Jaén un nuevo tipo de trabajador que debió acomodarse a innovadoras formas de producción fordista en la industria y a un contexto social radicalmente distinto.

Justamente al calor de este cambio experimentado por la clase trabajadora jiennense emergió un nuevo movimiento sindical de corte participativo y democrático que cristalizó, en las postrimerías de la dictadura franquista, en las Comisiones Obreras. Entre las causas determinantes para la aparición del nuevo sindicalismo en la provincia de Jaén los autores resaltan la labor desarrollada por un grupo de jóvenes trabajadores procedente de las organizaciones de Acción Católica (HOAC y JOC) así como de las Vanguardias Obreras promovidas por los jesuitas, y formado en las Escuelas de Formación Profesional de la Sagrada Familia (SAFA). De estas escuelas, dirigidas también por los jesuitas, salió una cohorte de trabajadores preparada profesionalmente para hacer frente a las nuevas exigencias laborales, pero también fuertemente concienciada por el mensaje de compromiso social y cristiano dentro del mundo del trabajo recibido tanto en las aulas como en las reuniones y actividades extraacadémicas organizadas por sus preceptores. Tal circunstancia proveyó a los jóvenes vanguardistas de un bagaje

fundamental a la hora de afrontar la animación de la movilización obrera. Desde sus centros de trabajo comenzaron a interesarse por las condiciones laborales y salariales replanteándose y cuestionándose el marco en el que se desarrollaban las relaciones laborales bajo la dictadura franquista. Los autores ejemplifican de forma esclarecedora cómo en uno de aquellos centros fabriles, caso de la Metalurgia de Santa Ana S. A. de Linares, esa vanguardia de jóvenes trabajadores, gracias a la cultura organizativa aprehendida en sus años de adolescencia en las organizaciones cristianas, conectó rápidamente con los problemas y las aspiraciones de la mayor parte de los compañeros de fábrica. Reuniones y asambleas se convirtieron en redes informales de comunicación de experiencias vitales comunes y en unos excepcionales espacios de identificación colectiva y de vitalización de la nueva cultura obrera y del nuevo sindicalismo.

El nuevo movimiento sindical que emergió en Jaén a partir de la segunda mitad de los años sesenta estaba liderado, en consecuencia, por obreros y trabajadores desconectados con el pasado sindical y político más próximo, el de los años treinta. El análisis del perfil sociobiográfico que efectúan David Martínez y Salvador Cruz de la nueva clase sindical pone de manifiesto cómo ésta había perdido los referentes culturales de la movilización obrera de los años de la II República. El núcleo constitutivo del nuevo sindicalismo carecía de antecedentes políticos y sindicales por lo que aquél se gestó, al menos en un principio, al margen de las organizaciones antifranquistas tradicionales (PCE, PSOE, UGT, CNT).

Fueron la confluencia de experiencias comunes —generalmente relacionadas con las dificultades económicas (bajos salarios que difícilmente permitían hacer frente a una forma de vida más mercantilizada) y con las duras condiciones de trabajo (inseguridad, falta de higiene de los centros de trabajo, escasa cobertura asistencial)—, y la incapacidad cada vez más evidente del sindicato oficial del

régimen para satisfacer las demandas de mejora laboral y salarial planteadas por los nuevos líderes obreros, las que contribuyeron a generar determinadas actitudes, comportamientos y expectativas por parte de los trabajadores. La aprobación de la Ley de Convenios Colectivos en 1958, la propia muerte del dictador, la agudización de la crisis económica y su particular repercusión en la provincia de Jaén, vinieron a ampliar el marco de oportunidades políticas para la expansión y afianzamiento del nuevo movimiento sindical demandante, por medio de acciones cada vez más organizadas y eficaces, de mejoras económicas en un contexto altamente inflacionista, pero también de libertades democráticas. A la altura de los años setenta Jaén dejaba de ser una provincia "idílica" para formar parte de un país en el que la conflictividad sociolaboral y la movilización popular aumentaron significativamente en los últimos momentos de la dictadura.

Recuperada la cultura de la protesta y conquistadas las libertades democráticas a partir de 1977, la implantación y el desarrollo de las CCOO en la provincia de Jaén no fue, sin embargo, una tarea sencilla. Como exponen los autores tras la salida de la clandestinidad después de la muerte biológica del dictador, las Comisiones Obreras se toparon con un amplio abanico de dificultades. En primer lugar, la transformación de las CCOO en sindicato comportó un enorme esfuerzo humano y material —formación de cuadros sindicales, habilitación de asesorías jurídicas y técnicas, puesta en marcha de comisiones de finanzas y de propaganda— no siempre fácil de conseguir en una provincia con una crecientemente debilitada red de instalaciones fabriles, y con una clase obrera urbana muy escasamente cualificada. En segundo lugar, la nueva coyuntura política deparó una competencia sindical creciente y sin precedentes en esta provincia. El sindicalismo socialista a través de la UGT vivió un auge espectacular en la provincia de Jaén prolongado después en la democracia —tal y como se desprende de

los resultados de las distintas confrontaciones sindicales analizadas por los autores— que amenazó la posición hegemónica de CCOO hasta entonces indiscutible. Así surgió una estructura sindical bipolar consolidada en la democracia y sujeta a coyunturas de fuerte enfrentamiento entre ambos sindicatos. En tercer lugar, las CCOO de esta provincia mostraron una clara falta de cohesión interna desde el principio lo que debilitó la posición de la dirección provincial frente a una resucitada UGT beneficiada de los triunfos electorales del PSOE. Y finalmente, el giro adoptado por la transición política en junio de 1976, y la política de concertación inaugurada en los años siguientes y vigente hasta la primera mitad de la década de los ochenta, abrieron un nuevo marco de actuación para los sindicatos. La huelga de la empresa Santana en Linares, el conflicto más importante de toda Andalucía en 1977, sus distintas fases y su posterior fracaso, resume en sí misma el proceso de transición experimentado por el sindicalismo español desde posiciones rupturistas y de confrontación hacia la senda del pacto social y del consenso político moderado.

En definitiva nos encontramos ante una sólida obra en la que David Martínez y Salvador Cruz ofrecen una nueva, necesaria y enriquecedora mirada, desde la historia social, al proceso de construcción del movimiento obrero, de la sociedad civil, y de la transición política, convirtiéndose de esta forma en un libro de referencia importante para historiadores, estudiantes, y para cuantos quieran conocer cómo se gestó el marco de libertades que hoy disfrutamos.

**Teresa María Ortega López**

**JIMÉNEZ, Óscar Jaime, *Policía, terrorismo y cambio político en España, 1976-1996*, Valencia, Tirant lo Blanch - Universidad de Burgos, 2002, 343 pp.**

**WOODWORTH, Paddy, *Guerra sucia, manos limpias. ETA, el GAL y la democracia española*, Barcelona, Crítica, 2002, 527 pp.**

No cabe duda de que la cuestión nacional y, en el caso vasco, la violencia política a ella asociada con el terrorismo de ETA, pero también con la respuesta del Estado a través de los GAL y la “guerra sucia”, han constituido el principal obstáculo para la normalización democrática de España en los casi treinta años que dura ya un proceso por lo demás considerado modélico y pacífico. Los dos libros aquí reseñados suponen una aportación fundamental al conocimiento de este aspecto decisivo de la democracia española desde dos perspectivas diferentes e igual de valiosas, la politológica y la periodística, alejadas de cualquier tentación de “pacto de silencio” siempre presente en un tema como el que nos ocupa.

Resultado de su tesis doctoral, el estudio de Óscar J. Jiménez se centra en cuatro ámbitos del Estado y en su respuesta al problema terrorista: la estructura de seguridad interior, el consenso político, la legislación antiterrorista y la cooperación internacional. Cada uno de ellos introducidos por una reflexión analítica, que nos recuerda las dificultades de la lucha contra la violencia política en los regímenes democráticos, a diferencia de los autoritarios (por más que el franquismo se mostrara poco eficaz combatiendo el terrorismo que él mismo había provocado). Dificultades acrecentadas además en democracias poco asentadas como la española, o inestables como la italiana, por la permanencia de una cultura policial autoritaria y el riesgo de “desviación” de aparatos de un Estado que, como ha escrito Donatella della Porta (*Terrorismi in Italia*, Bolonia, Il Mulino, 1984), no puede ser considerado como un todo monolítico enfrentado a la subversión. El autor concede gran

importancia a esa “variable policial” en su dimensión organizativa e individual: «los Ministerios del Interior, en los regímenes democráticos, se erigen en un poder autónomo en gran medida», con una típica desconfianza hacia el poder político y una amplia capacidad para influir sobre él, que aumenta con la amenaza terrorista (p. 68).

Tampoco se olvida mencionar la actitud de las distintas culturas políticas hacia la violencia, en particular de la izquierda marxista, de cuyo seno habían surgido durante los años sesenta la mayor parte de los grupos que acabarían optando por la lucha armada en la década siguiente, y víctima de la doctrina del “orden público” durante el franquismo e incluso los primeros años de la transición. De ahí que esa izquierda mantuviera durante años una actitud ambigua respecto al terrorismo, pues tampoco olvidaba que el “desorden” público había sido quizás el factor decisivo en la crisis de la República, o al menos el más utilizado como justificación por los militares golpistas y la derecha reaccionaria. Es cierto que no constituye el centro de su análisis, pero el autor se muestra aquí demasiado aproximativo y dependiente de fuentes secundarias al poner en el mismo saco al PCE, PNV y HB (pp. 52-53), pues el PCE condenó oficialmente el terrorismo muy pronto, antes de la muerte de Franco, y el PNV lo hizo al menos desde 1978, como demuestra el diario de sesiones del Congreso, y no por primera vez en 1980 como se afirma (p. 185). Tampoco se aclara muy bien en qué consistió la evolución del PSOE desde una concepción blanda a otra dura del orden público.

Tal superabundancia de aparato teórico y de fuentes secundarias, normal en una tesis doctoral, y cierto déficit de fuentes primarias –las entrevistas parecen

haber rendido pocos frutos, sólo como soporte de la información— determinan un desequilibrio, incluso lingüístico, entre las partes analíticas y descriptivas, entre las generales y las referidas al caso español, por otra parte bastante habitual en nuestras obras académicas. Se integran con acierto en los dos últimos capítulos, los dedicados a la legislación antiterrorista y la cooperación internacional, no tanto en los dos primeros que abordan la cuestión básica de las respuestas ilegales por parte del Estado español, designadas como «terrorismo vigilante» (p. 16), lo que obliga al autor a recurrir a un uso desmedido de las notas.

Eso, junto a una estructura circular y repetitiva en exceso, atenúa algunas importantes afirmaciones desperdigadas por el texto, no siempre recogidas en las conclusiones. Así la continuidad de la política antiterrorista entre la dictadura, los gobiernos de UCD y del PSOE, incluso con la permanencia de numerosos funcionarios implicados en la represión franquista (p. 101); que el PSOE adoptó con Barrionuevo una estrategia fundamentalmente represiva, hasta el punto de que las negociaciones con ETA iniciadas por UCD se pusieron al servicio de objetivos de información polioial (p. 207); que el PSOE no logró repetir con ETA militar (m) y HB el éxito conseguido por UCD con ETA político-militar (PM) y Euskadiko Eskerra, de ahí que se pasara a reinserciones individuales con mayor contenido policial que político, lo que suponía reconocer la imposibilidad de acabar con la organización terrorista (pp. 211-212); la ineficacia de las legislaciones especiales antiterroristas, cuyo único fin sería según muchos autores el de «satisfacer las expectativas de la opinión pública» (p. 224); la tendencia a usar esa legislación de manera abusiva, propiciando los comportamientos ilegales o «informales», que no es sino «una clara muestra del fracaso, al menos parcial, del modelo antiterrorista diseñado por las autoridades» (p. 227) según el modelo alemán e italiano, sin complementarse con otro tipo de medidas dirigidas a «desincentivar» la incorporación de nuevos militantes a esos grupos o atraerse

el apoyo de la opinión pública vasca (pp. 260-261). En definitiva, que el terrorismo «hunde sus raíces profundamente en el régimen franquista» (p. 58), que sólo es posible acabar con él mediante el consenso político y que el mantenimiento de las acciones policiales en la estricta legalidad es lo único que puede a largo plazo evitar «un posible enquistamiento de los grupos terroristas en las sociedades democráticas» (pp. 40-41).

Donde más insuficiente se muestra el estudio de Óscar J. Jiménez es precisamente donde se demuestra más eficaz el libro de Paddy Woodworth, corresponsal de prensa durante varios años en España, un ejemplo del nivel superior del periodismo cuando suma honestidad a la calidad y sabe hacer uso de sus enormes recursos lingüísticos, metodológicos e interpretativos. La descripción concisa de personajes (como el inspector Amedo) y vivida de las escenas (la carga policial en el entierro de los restos de Lasa y Zabala, el ingreso de Vera y Barrionuevo en prisión), el cuidado en contextualizar la información (las agresiones a la *Ertzaintza* en las semanas previas a dicho entierro), la habilidad en las entrevistas (como la de Rafael Vera), la atención a los detalles y a las diversas perspectivas (sin olvidar nunca a las víctimas), son méritos de este reportaje periodístico que acaba convirtiéndose en una gran novela negra. Por ella desfilan los policías Amedo y Domínguez, los mercenarios franceses del GAL, los funcionarios y políticos socialistas Sancristóbal, Damborenea, Vera, Roldán o Barrionuevo, el ex agente secreto Perote, el banquero Conde, el periodista Pedro J. Ramírez, los ex presidentes Suárez y González, el juez Garzón, los «papeles del CSID», la intervención de Banesto o la guerra de la televisión digital. No es de extrañar el éxito que el libro ha obtenido en su primera edición inglesa, del 2001. La parte más débil es la introducción al tema vasco, que cumple objetivos más periodísticos que historiográficos (con algunos errores, como las supuestas elecciones de 1934).

Por todo el relato despunta la

importante función de la prensa, tanto en su labor más positiva, de denuncia y control de las instituciones públicas, como en sus aspectos más oscuros en la defensa de algunos intereses específicos en juego: son aleccionadores al respecto los ejemplos de *Diario 16*, *El País* y, sobre todo, *El Mundo*. Considerando hasta dónde llegaron la conjura y el chantaje demostrados, otro mérito de Woodworth ha sido no caer en la fácil tentación periodística o pseudohistórica de la “teoría conspirativa”, y afirmar que en la sucesión de acontecimientos intervino también la teoría del caos: «se habían lanzado demasiadas piedras al aire y era de temer que algunas de ellas cayeran, con resultados impredecibles» (p. 295).

El autor toma una posición razonada y ética ante lo sucedido. Confirma la continuidad de la “guerra sucia”, pero señala las diferencias entre la violencia antes de 1982 –de extrema derecha, cuyos objetivos eran nacionalistas vascos, demócratas y antifranquistas– y la que vino después, con mercenarios reclutados para asesinar a miembros de ETA y, por error o quizás para influir en la opinión pública francesa, a personas inocentes (p. 180). No deja de recordar el obstruccionismo del gobierno, pese a las declaraciones oficiales (p. 222), ni las acusaciones del PSOE contra la magistratura y el doble lenguaje de Felipe González, entre la negación y la justificación, incluso ante la condena de algunos de sus subordinados (pp. 253-256) o tras la muerte de Miguel Ángel Blanco (p. 234). Ni la política

esencialmente represiva llevada a cabo por los sucesivos gobiernos socialistas en el País Vasco, esa «guerra del norte» que permitía a oficiales como Galindo una carrera tentadora, con el cuartel de Intxaurrondo como una avanzada de la Legión en territorio enemigo (p. 188). Al mismo tiempo hace un análisis equilibrado de la sentencia del Tribunal Supremo condenando a Barrionuevo y Vera, así como de los votos particulares contrarios (pp. 367 y ss.).

Se muestra contundente en el juicio sobre la vileza moral y el gran error político de los GAL, que si en los años ochenta «enseñó a muchos jóvenes de la primera generación posfranquista del País Vasco a odiar a las fuerzas de seguridad españolas», en los noventa «inició a otra generación en ese mismo odio» (p. 274) y por eso «siguió fracasando mucho después de que los escuadrones de la muerte hubieran sido disueltos» (p. 258). Para los partidarios de ETA confirmaba su teorema, equiparando las “dos violencias” y presentando la democracia española como una simple fachada tras la que se escondía un Estado fascista y colonizador. Como ha escrito Patxo Unzueta, el GAL fue «decisivo para la reproducción generacional de la violencia [...] Esa es la paradoja del terrorismo. Por sí mismo es impotente para vencer al Estado democrático. Pero una respuesta equivocada por parte de ese mismo Estado puede desestabilizar gravemente el sistema» (p. 402).

**Javier Muñoz Soro**